

Gestos para la tierra



Un proyecto creativo sobre trazos, cuerpos y afectos
en colaboración con mujeres bordadoras de Yucatán

De Tania Solomonoff

Hay algo que habla, diciéndome:

-Pasa, pasa

-Hola, aquí estamos haciendo nuestras cosas.

-¿Tú cómo estás?

-¿Quieres que hagamos lo que dijimos?

-Vamos a ver a Flori.

-Hoy rezo.

-Sí, está bien si quieres venir.

-¿Hasta cuándo te quedas en Maní?

-Primero Elena pinta la tela y después nosotras bordamos.

Y así.

Gestos para la tierra

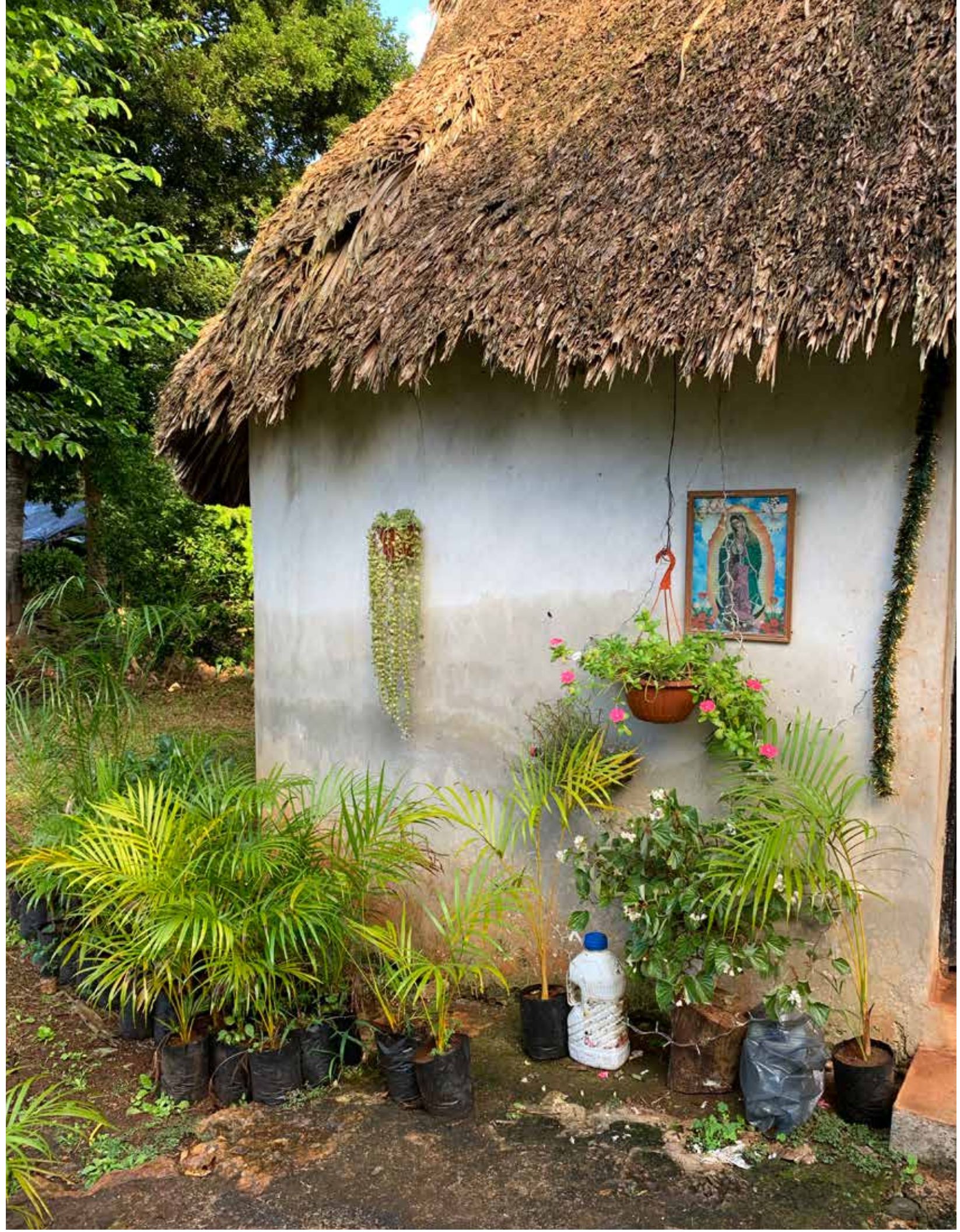
Gestos para la tierra es un proyecto creativo y colaborativo resultado de una serie de intercambios entre mujeres del campo y la ciudad. Mujeres que se encuentran a través de sus cuerpos, costumbres y labores utilizando el movimiento, el dibujo y el bordado para establecer lazos de amistad. Es una investigación-creación de coreografía expandida que atraviesa las relaciones afectivas, las prácticas de cuidado, la corporalidad y las gráficas sensibles.

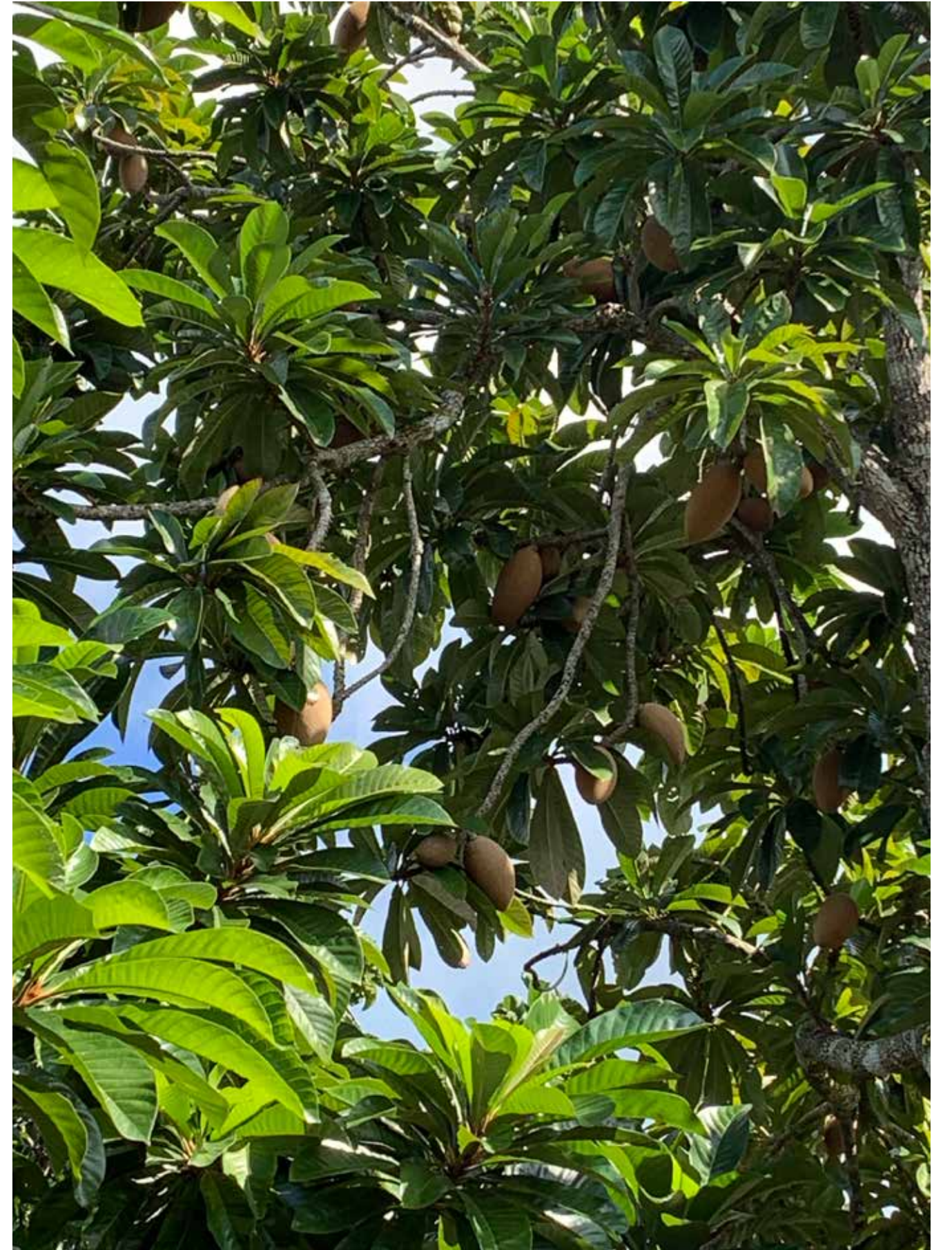
La propuesta se llevó a cabo durante agosto y octubre del 2021, en dos localidades ubicadas en el Estado de Yucatán, al sureste de México. Participaron Rosaura Peraza Miranda y Flora Chan Bacab, bordadoras y meliponicultoras de Maní, una pequeña población rural con fuerte presencia de maya hablantes. Invité también a la bailarina y terapeuta Melisabel del Carmen Correa Rodríguez, nacida en Panamá y quien hace muchos años vive en Mérida, la capital del Estado.

El proyecto, a pesar de que se produjo en un período relativamente corto, tiene varias etapas y capas. La experiencia, desde el inicio, se convirtió en un diálogo lúdico en torno a los afectos y su huella sensible en los cuerpos y los bordados. El resultado fue una serie de 28 bordados realizados a máquina por Rosaura y Flori.

Estos bordados pueden ser utilizados de distintas maneras, en conjunto o individualmente, a modo de imágenes, objetos o escritura expandida, dependiendo del contexto y el sentido que se les quiera dar. Se crearon de un modo distinto al tradicional, siguiendo patrones resultado de las exploraciones corporales, dibujos y conversaciones previas.

Finalmente, *Gestos para la tierra* es sobre mujeres y amigas, que al encontrarse, moverse, mirarse y escucharse crean trazos y lazos sobre distintas superficies y materialidades: la voz, la piel, el papel, la manta, el jardín, la toronja o la casa. Los trazos coexisten en cada uno de estos lugares, devolviendo al gesto otros gestos. Otros significados y otros usos en un diálogo infinito de vínculos que van y vienen.











Meliponicultura y bordado

En el año 2020 cuando vine a vivir a Mérida conocí a Rosaura y a Flori. Las invité a participar en un proyecto llamado *Vivir distinto*. A partir de ese momento las he visitado para comprarles miel y conocer más sobre sus vidas y actividades cotidianas.

En 2016 con ayuda de Educampo fundaron el Colectivo Lool Tsitislché, de crianza de abejas meliponas *beecheii*, una especie nativa de abeja sin aguijón que habita el sureste mexicano, y cuya miel es sumamente medicinal. Ambas se apoyan mutuamente para mantener sus meliponarios y producir jabones, miel, propóleo y goteros para los ojos. Es sabido que la meliponicultura es una actividad, principalmente, de mujeres y que les reditúa económicamente. Pero, sobre todo, es una tradición -aprendida y heredada-, y una tarea muy demandante que favorece a la conservación de la flora nativa.

Desde pequeñas Rosaura y Flori aprendieron a bordar junto a sus madres, tías y primas, al igual que la mayoría de las mujeres de Maní. Lo que ellas llaman “el pedido”, es decir, la prenda que trazan y bordan a solicitud del cliente, bien puede reflejar un adorno hecho de flores, hojas y mariposas de colores intensos, como un preciso laberinto de líneas abstractas. Como dicen: *se crea en la mente*.

El bordado es un complejo universo de símbolos realizado de manera única que se nutre de los saberes compartidos por las mujeres de la comunidad. Forma parte fundamental de sus vidas. Y al igual que la meliponicultura, bordar es una labor cotidiana, un trabajo que dignifica a la mujer y a su rol social.

Cómo empezó todo y la amistad

Pienso en la amistad, en lo potente y frágil que es. ¿Será que la amistad es de alguna forma esa tierra de siembra que nos permite crecer? ¿Esa tierra donde podemos expandirnos y expresar la vida de una manera más cuidadosa, más amorosa?

Las mujeres meliponas son amigas de las abejas, ellas lo dicen. Aman a las abejas y las abejas aman a las flores y las flores al viento y el viento a la Luna y a las estrellas. Y así la vida va circulando y dejando trazos de afectos y efectos, al igual que los bordados.

Ya en tiempos de pandemia por COVID 19, antes de que *Gestos para la tierra* cobrase forma, busqué a dos grandes amigas y compañeras, mujeres muy cercanas y queridas. Ambas artistas, conocedoras del trabajo corporal y energético: Camille Renarhd y Anaïs Bouts. Camille vive en Montreal y Anaïs en Ciudad de México. En ese momento no se conocían.

La invitación consistía en que vinieran un mes a Yucatán, para residir las tres frente al mar, en una especie de retiro creativo donde tendríamos total libertad para gestionar nuestros tiempos y espacios, convirtiendo esa libertad en la consigna diaria.



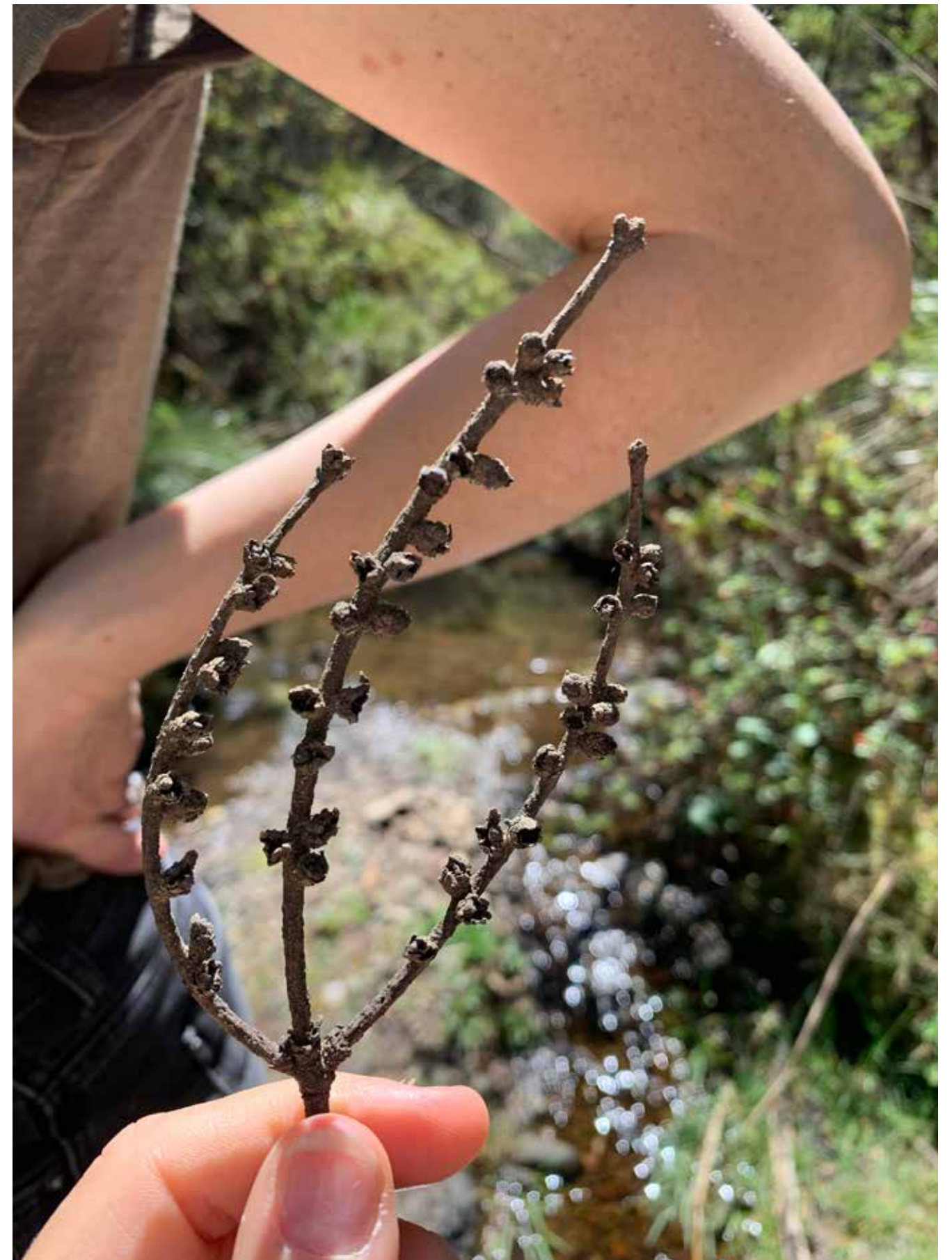
De allí, infinidad de posibilidades podrían aparecer, al cocinar, dormir, conversar, caminar, escribir, estirarnos, abrazarnos, nadar, estar juntas. Ese era el caldo de cultivo que tanto anhelaba, un acto casi ritual en compensación de lo que había sido la experiencia de confinamiento causado por el COVID-19.

Pero resultó mucho más complicado. Camille no podía salir de Canadá y fue así que la pandemia nos impidió reunirnos. Nos quedó claro que la virtualidad no era viable por el nivel de intimidad que necesitábamos y porque era una experiencia fundada en la presencia de las tres. Entonces el proyecto se canceló. No fue nada fácil aceptarlo pero al final decidimos postergar el impulso y confiar en que en un futuro podríamos volver a intentarlo.

Narro esta experiencia porque fue de aquel deseo de indagar en torno a los vínculos, a la amistad y a los cuerpos sabios que nació *Gestos para la tierra*. Por eso en este proyecto convoco a la tierra y a la amistad como dos grandes fuerzas de la vida.

La tierra somos nosotras, nuestros cuerpos -físicos y energéticos- conectados con el suelo que nos sostiene y acompaña, el lugar al cual podemos volver siempre a través del contacto de nuestros pies, manos, mirada, respiración. Venimos de la tierra, somos la tierra y todo lo que producimos también. Los *gestos* son nuestros haceres y movimientos que acompañan. Son todo aquello que *dibuja* nuestra existencia, aquello que se traza en pro de los lazos que nos hacen bien. La amistad es el resultado del paso del tiempo de muchos gestos que nos nutren y reúnen.

Y fue así que dándome cuenta de todo esto, mi atención dio un giro de 180 grados y guiándome por la intuición decidí ir a ver a Rosaura y a Flori, con quienes ya existía una relación.







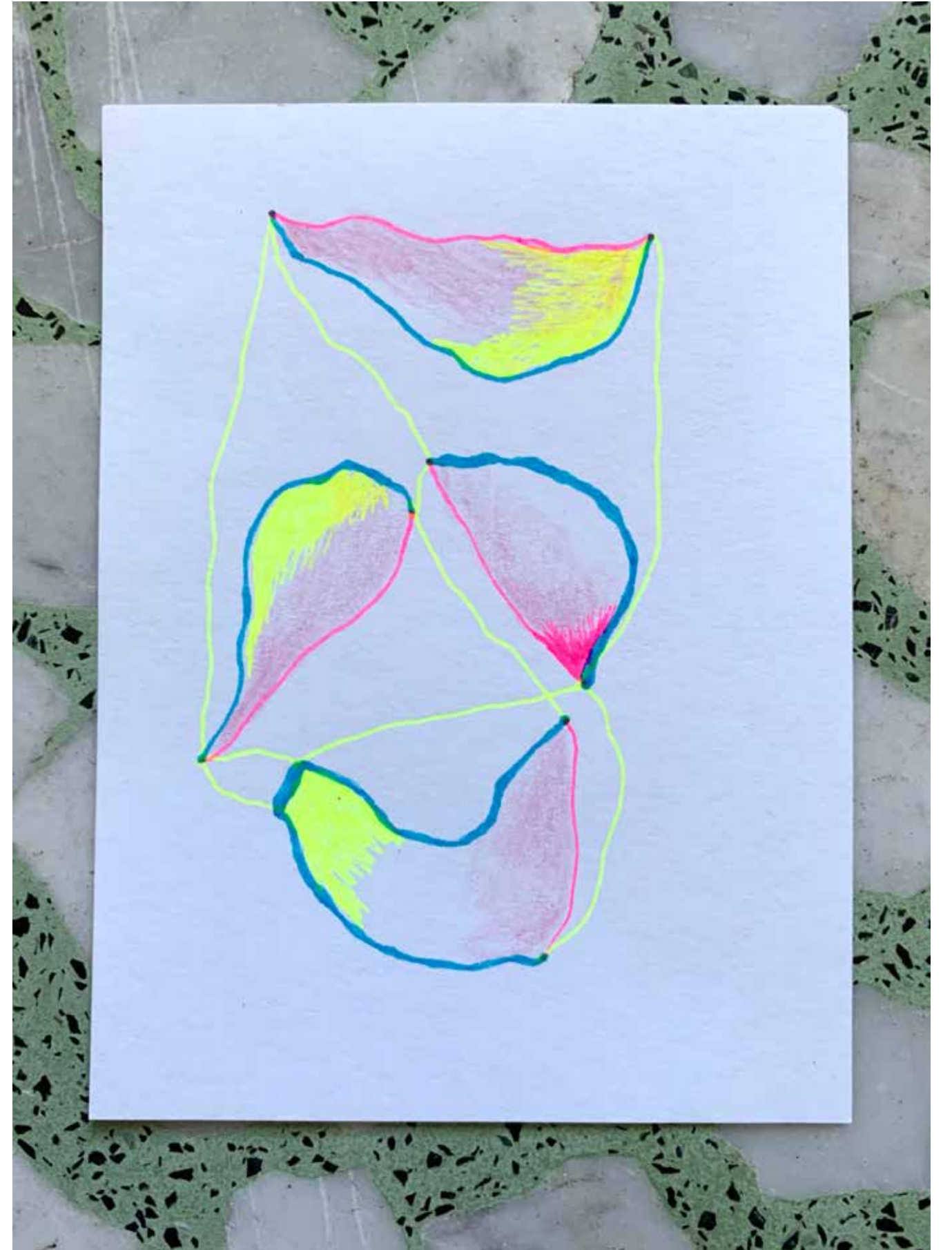
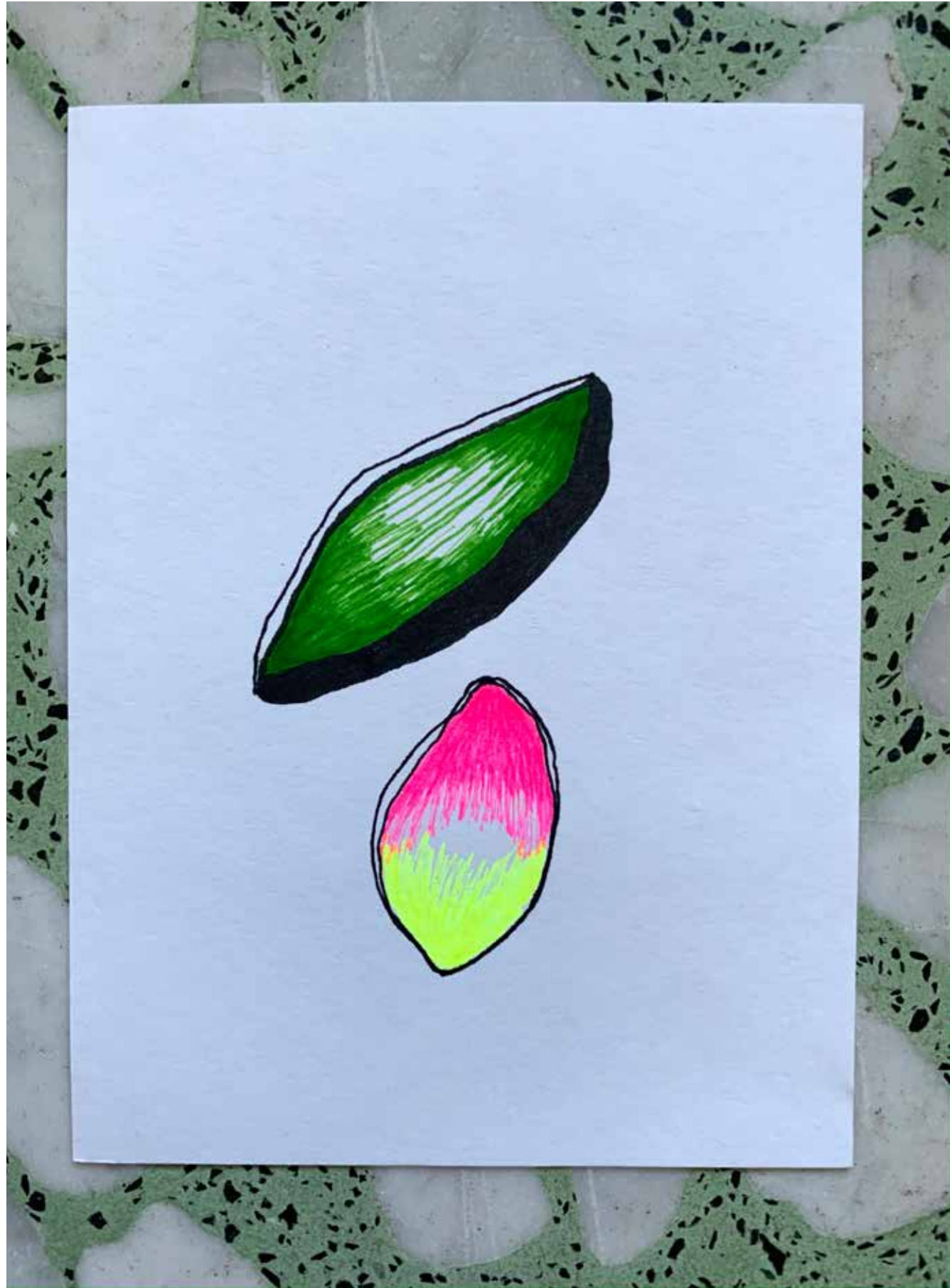
Los pre-patrones: dibujos en el jardín de papá

Antes de hacer mi primera visita a Maní estuve varias semanas en casa de mi padre donde hay un jardín con árboles de olivos y duraznos, plantas de orégano, romero y lavanda. En las tardes soleadas llegan muchas abejas e insectos voladores a tomar néctar y polen.

Fue allí, que realicé una colección de 13 pequeños dibujos (aquí no aparecen todos) inspirándome en semillas, hojas, ramas, tallos, piedras y bulbos. Dentro de su nivel de abstracción, son formas que se acercan a lo que percibo en el mundo vegetal y mineral. Los hice sin pensar previamente en el resultado y me dejé llevar por la exploración de los contornos, los espacios vacíos y la distribución del color en el papel.

Particularmente, esta serie me hace pensar en objetos encontrados en un ambiente ficticio; objetos que mantienen relaciones entre sí pero que también son independientes. Al hacerlos usé pequeñas cartulinas de 15cm x 10cm para jugar con ellas colocándolas en distinta secuencia y orientación. El hecho de que cada dibujo se comporte como una unidad, que a la vez pertenece a un conjunto de dibujos, los hace modulares y fáciles de mover.

Al irlos haciendo pensé mucho en los procesos de bordado de Rosaura y Flori. En lo que ellas imaginan al bordar sobre la tela, si lo visualizan previamente o es algo que va apareciendo, si repiten patrones, y en cómo organizan las figuras y combinan los colores. Sentí que la colección de estos dibujos, directa o indirectamente, podría dialogar con sus insectos y matas de flores. Así inicié una reflexión sobre posibles conexiones entre nuestros lenguajes.













Espacios y prácticas de cuidado: la casa y el traspatio o solar

En la convivencia con Rosaura y Flori aparecen los espacios. Nos encontramos para conversar y trabajar en la calle, el jardín, la casa o el taller de miel. Estar allí me orienta sobre las relaciones familiares, las costumbres y las prácticas de vida locales.

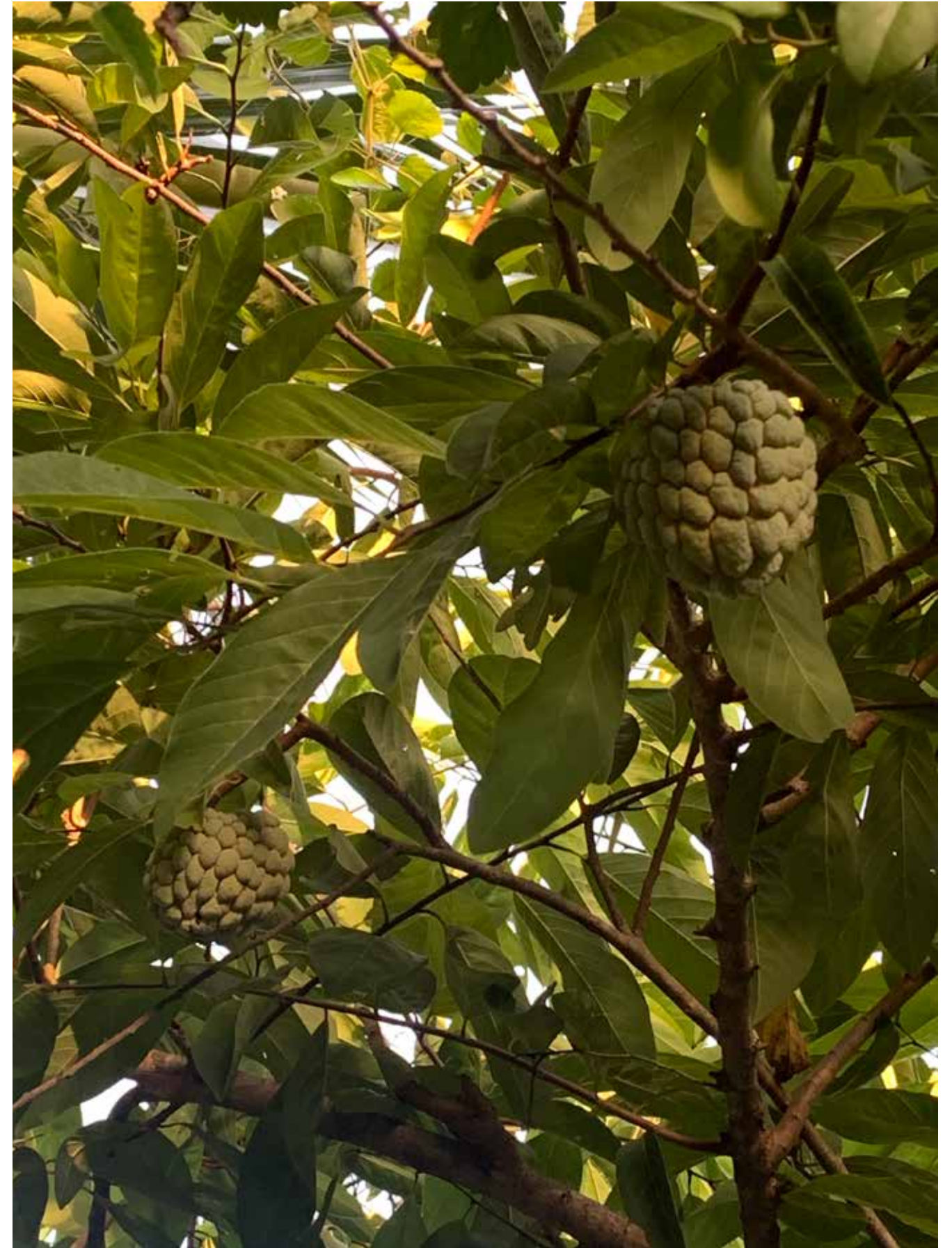
Las casas en Yucatán tienen amplios terrenos que se llaman traspacios o solares. Allí se cultivan todo tipo de hortalizas y árboles frutales para abastecer a la familia, junto a una gran variedad de flores y plantas medicinales. Flori y Rosaura tienen matas de toronja, naranja agria, balché, ramón, guaje, hierbabuena, albahaca, cocineras, velo de novia blanco y morado, corona de cristo, alas de ángel y vicarias moradas, entre cientos más.

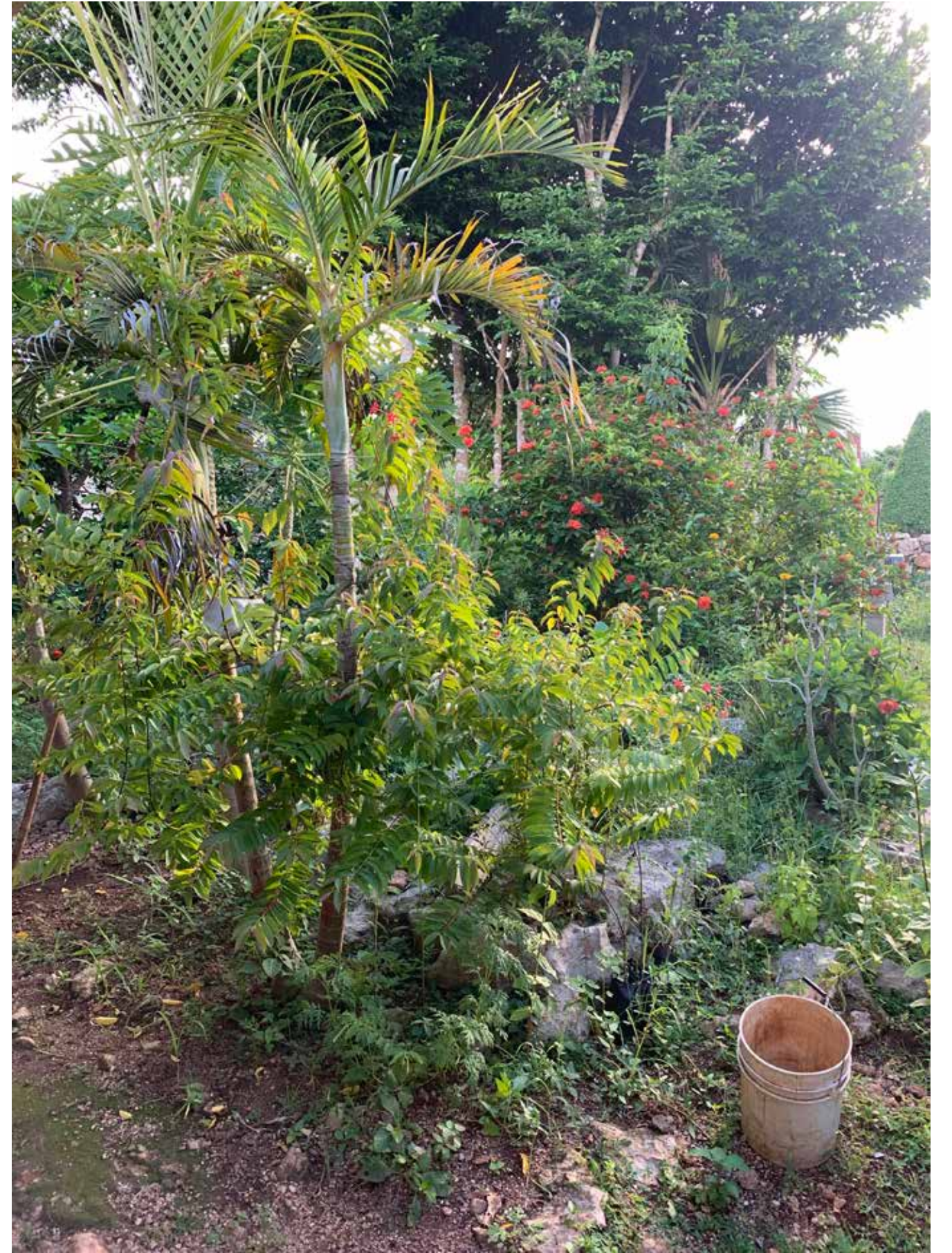
En las ciudades, incluso en Mérida, sucede de manera opuesta. A causa de la desmesurada gentrificación y especulación inmobiliaria, los traspacios y solares están desapareciendo. La tendencia es a podar la flora nativa y construir jardines con plantas foráneas encapsulando y cementando la vegetación. Todo ello produce mucho más calor en comparación con el frescor de las localidades rurales.

A lo largo del proyecto pasamos bastante tiempo yendo y viniendo entre los cuartos de bordado y los traspacios. Ese tiempo me permitió observar cómo se organizan los espacios.

La casa y los meliponarios tradicionales, son de forma ovalada y cada espacio habitacional está conectado entre sí por aire. Es una condición necesaria que promueve la regulación de la temperatura y la humedad, entre otras cosas. Hay que salir al jardín para pasar de un cuarto al otro, a la cocina, al baño o al gallinero. La circulación, o mejor dicho, la respiración entre el adentro y el afuera es constante.







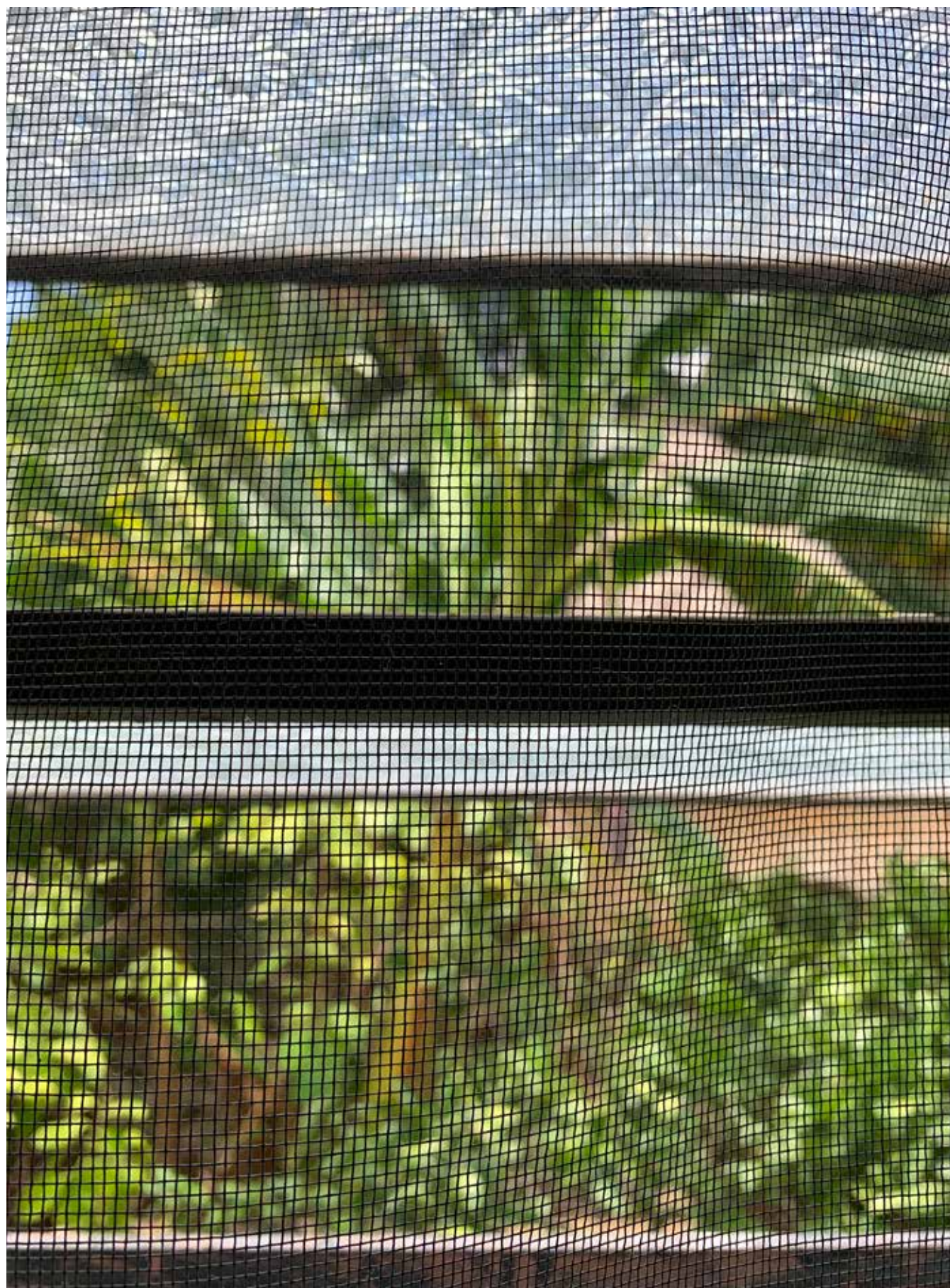


En ese sentido, en muchos bordados pude observar esa conexión y circulación reflejada entre las figuras. La noción de *dónde empieza* y *dónde acaba* el dibujo es precisa pero, a la vez, es casi imposible encontrar una flor solitaria en un huipil o una blusa. Los elementos coexisten al igual que en los traspatios y las viviendas.







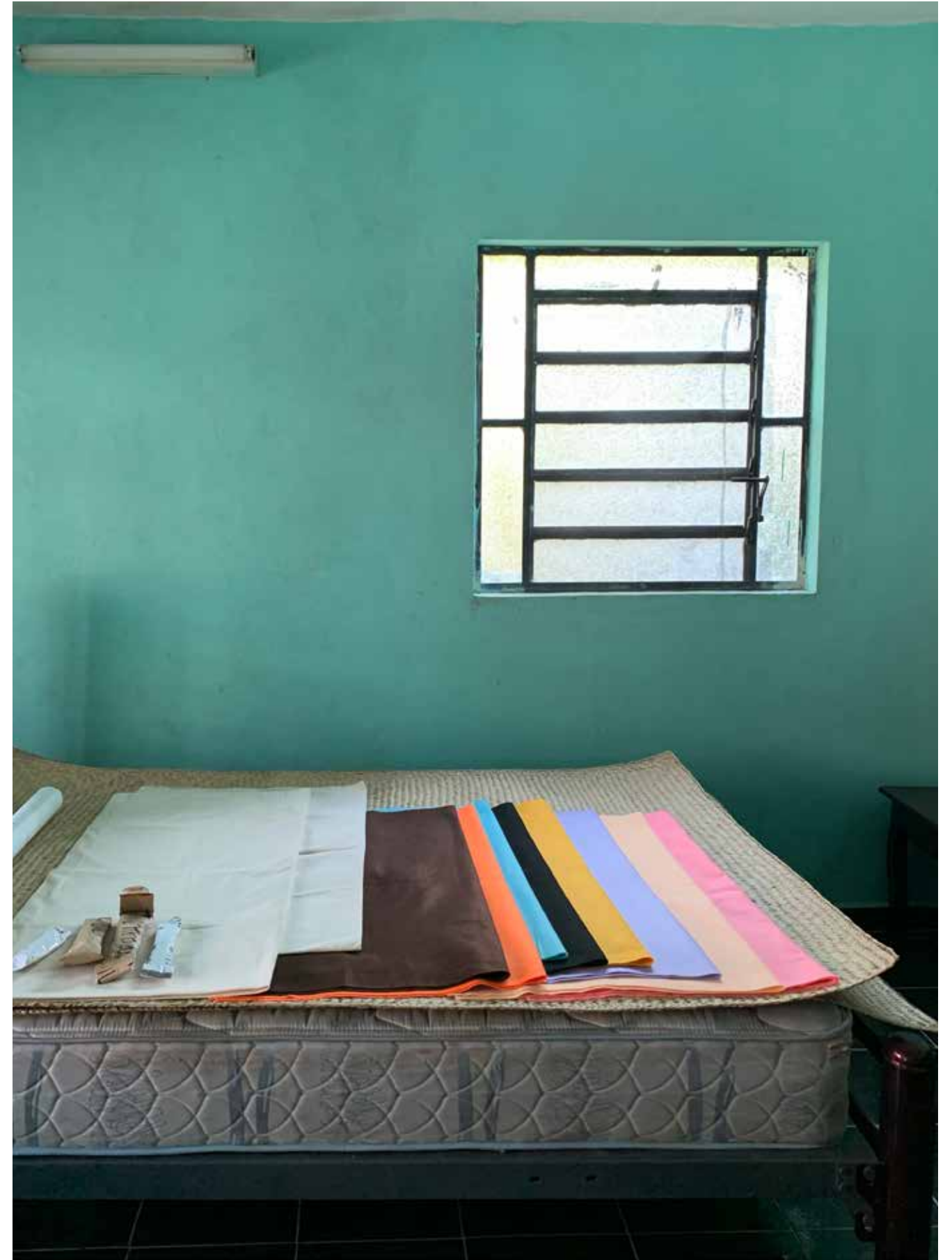


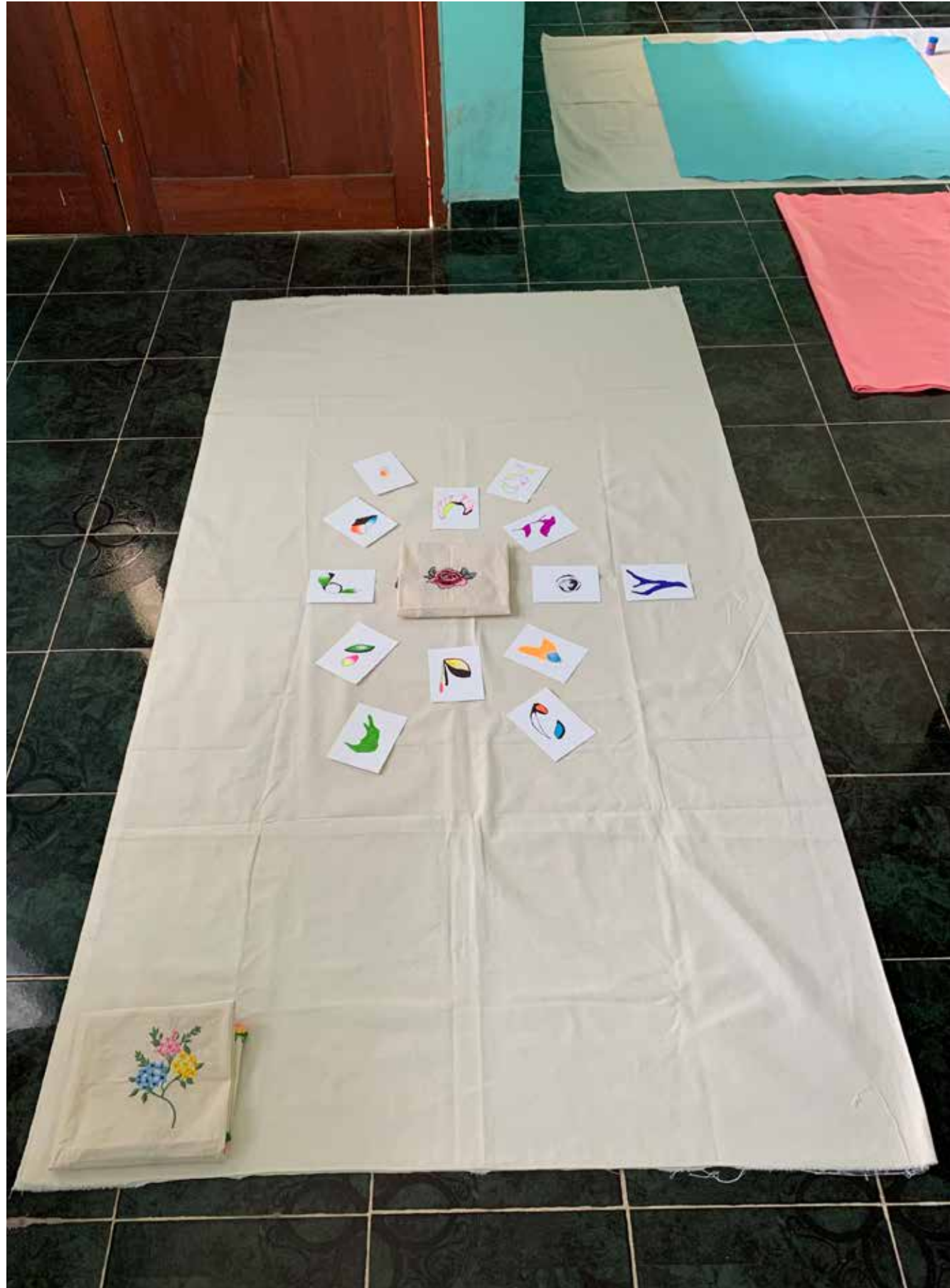
El dibujo y el movimiento

En mi práctica performativa y coreográfica el dibujo se ha vuelto una herramienta necesaria. No soy dibujante. Lo uso para explorar formas y situaciones en el espacio, y darle claridad a ideas y acciones. Al trazar y dibujar puedo explorar el movimiento desde otras perspectivas. También lo uso para diagramar conceptos y modos de operar. Los dibujos se vuelven vehículos que amplían la libertad de expresión y facilitan la comunicación con los demás. Podría definirlo como un instrumento comodín que permite hacer foco en distintas direcciones y sentidos.

Creo que el dibujo apareció en mi infancia cuando pasaba largas horas jugando con mi hermana Analía. Después, en la adolescencia se refugió en los diarios íntimos y ahora en la adultez volvió a asomarse. Siento que el gesto de dibujar tiene que ver con haber vivido en el exilio, conviviendo con culturas que visual y energéticamente me impactaron, como Mozambique y México. A muy temprana edad experimenté una gran variedad de corporalidades, sonidos y paisajes que me empujaron a organizar -no sólo gráficamente- aquello que me rodeaba. De ahí viene que el gesto de manchar, colorear, contornear o escribir se haya convertido, de manera casi natural, en un ejercicio de traducción/comprensión que me permite configurar y compartir afectos, percepciones y sistemas de símbolos. Un acto de síntesis entre mente-cuerpo donde vida y creación se articulan.

Memorias profundas y sensoriales están ancladas en el acto de dibujar. Los dibujos también son trazos al igual que los bordados y la danza.





Entre lo que vemos y sentimos

En una de mis visitas decidí quedarme en el pueblo por más tiempo para trabajar sola y proponer algunas dinámicas con Flori y con Rosaura.

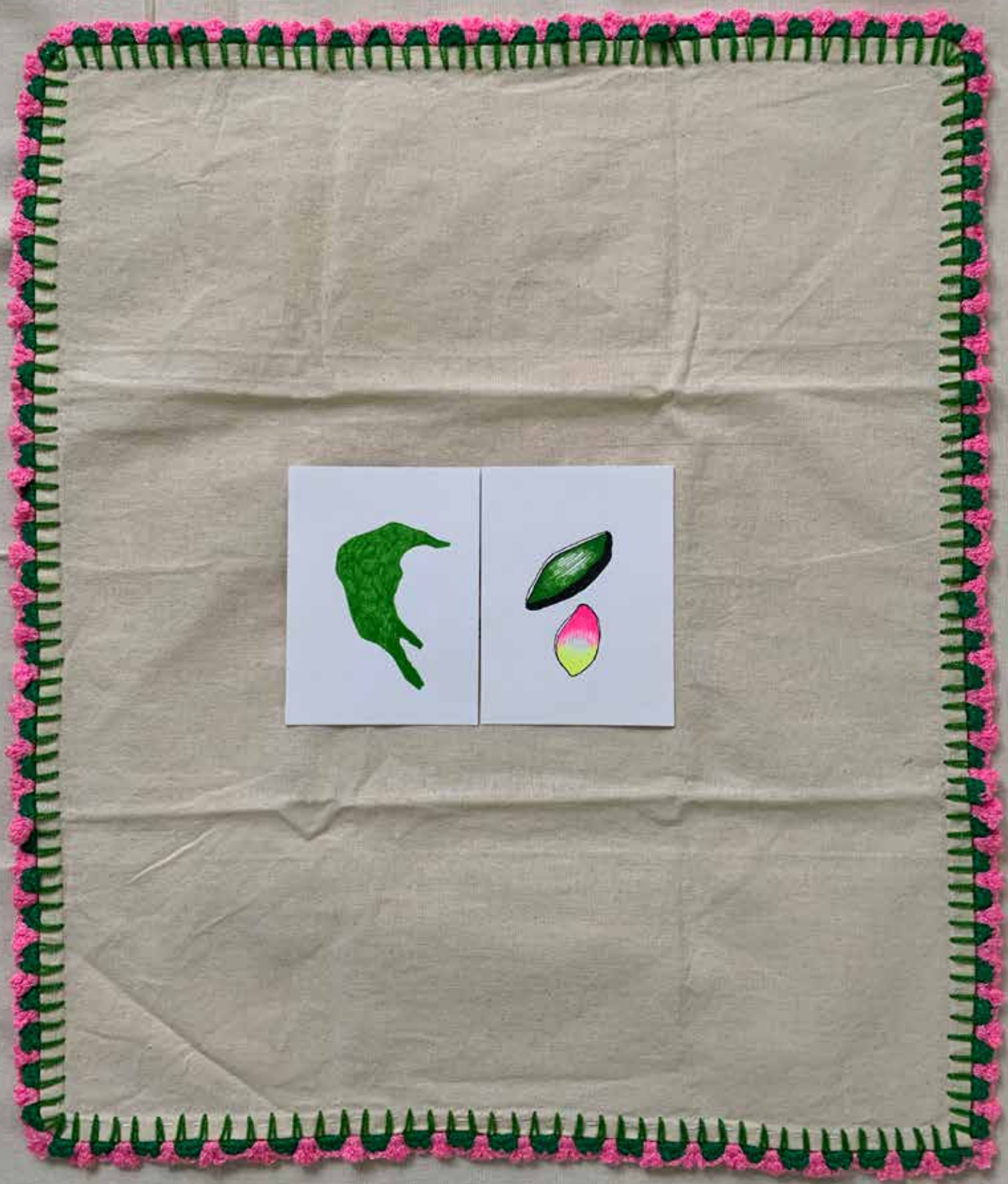
A lo largo de esos días me dediqué a hacer exploraciones sencillas usando los materiales acumulados: dibujos, manta cruda, fieltro, textos, pintura y algunos bordados. Las exploraciones en solitario me conducían a tocar, plegar y desplegar, guiarme por los contornos, comparar los colores y los hilos, sentir el peso y la extensión de la manta, caminar encima y apoyar objetos en zonas específicas del cuerpo. Tenía una serie de cuadernos con anotaciones, así que, iba y volvía de un soporte al otro.

Buscaba despertar una sensibilidad particular que pudiera acercarme sutil, simbólica y formalmente a las creaciones de Rosaura y de Flori. Encontrar criterios compartidos con los cuáles poder dialogar. Necesitaba entender *qué* bordar y *para qué*. Aparecían preguntas como ¿Qué figuras bordar y cómo organizarlas sobre la manta? ¿Qué colores y trazos serían pertinentes hacer? ¿Qué dimensiones y cuántos bordados se producirían? ¿De qué manera los cuerpos tendrían posibilidad de interactuar con ellos?

Eran decisiones que no me interesaba tomar sola. A diferencia de los *pedidos* habituales donde el cliente decide qué colores y formas reproducir en los bordados, mi invitación iba por otro lado: consistía en crearlos juntas logrando combinar nuestras sensibilidades y experiencias. Pero la realidad es que los dibujos que hago difieren en mucho de las imágenes que Flori y Rosaura reproducen en sus visualizaciones. Lo más sencillo hubiese sido hacer un *pedido* de flores e insectos maravillosos, pero la curiosidad de las tres y la voluntad de hacer las cosas de otro modo nos permitió experimentar.







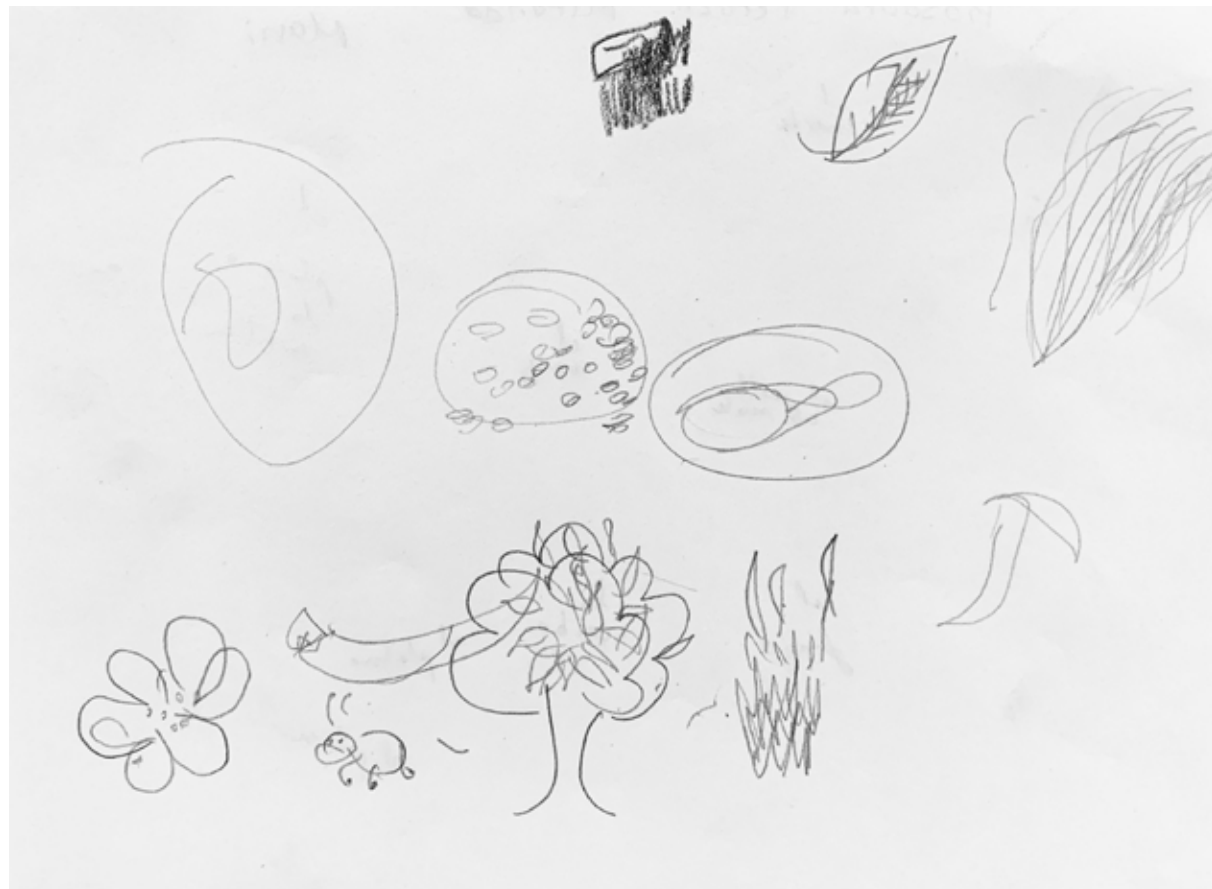




Fue así que, entre otros ejercicios, les propuse hacer un dibujo con ojos cerrados. Algo simple pero inusual: escuchar, imaginar y trazar sin ver. Cada una hizo un dibujo a lápiz de pequeñas imágenes que les fui nombrando, poniendo el foco en la percepción interior. Una flor es una flor, pero una flor creada a través de la introspección no resulta ser cualquier flor. Con los ojos cerrados el cuerpo cobra otro tono y el gesto otra dimensión. Se pierde cierto control sobre el trazo y aparece la posibilidad de dejarse guiar por la sensación.

Esta no fue la primera sesión de sensibilización corporal que hicimos juntas. Semanas antes, en el taller de miel, ya nos habíamos acostado sobre los petates, con huipil y todo, para respirar y estirarnos. Durante hora y media exploramos movimientos libres en torno al bordado y la siembra. Hicimos visualizaciones de algunos órganos como corazón y pulmones, además de explorar los huesos y los fluidos corporales. Fue una invitación a ceder a la tierra y, desde allí, crecer y expandirnos hacia el espacio.





Rosaura Peraza Miranda

el verde el rojo

la separación

el pollo con mole

el arroz

Mani

el plato o la tortilla

el queso

la cebolla

el plátano

el plátano

el plátano

Flora María Chan Bacab

el verde

las tortillas

el caldo

el rojo

la papa de pollo en mole

la separación

el queso

la cebolla

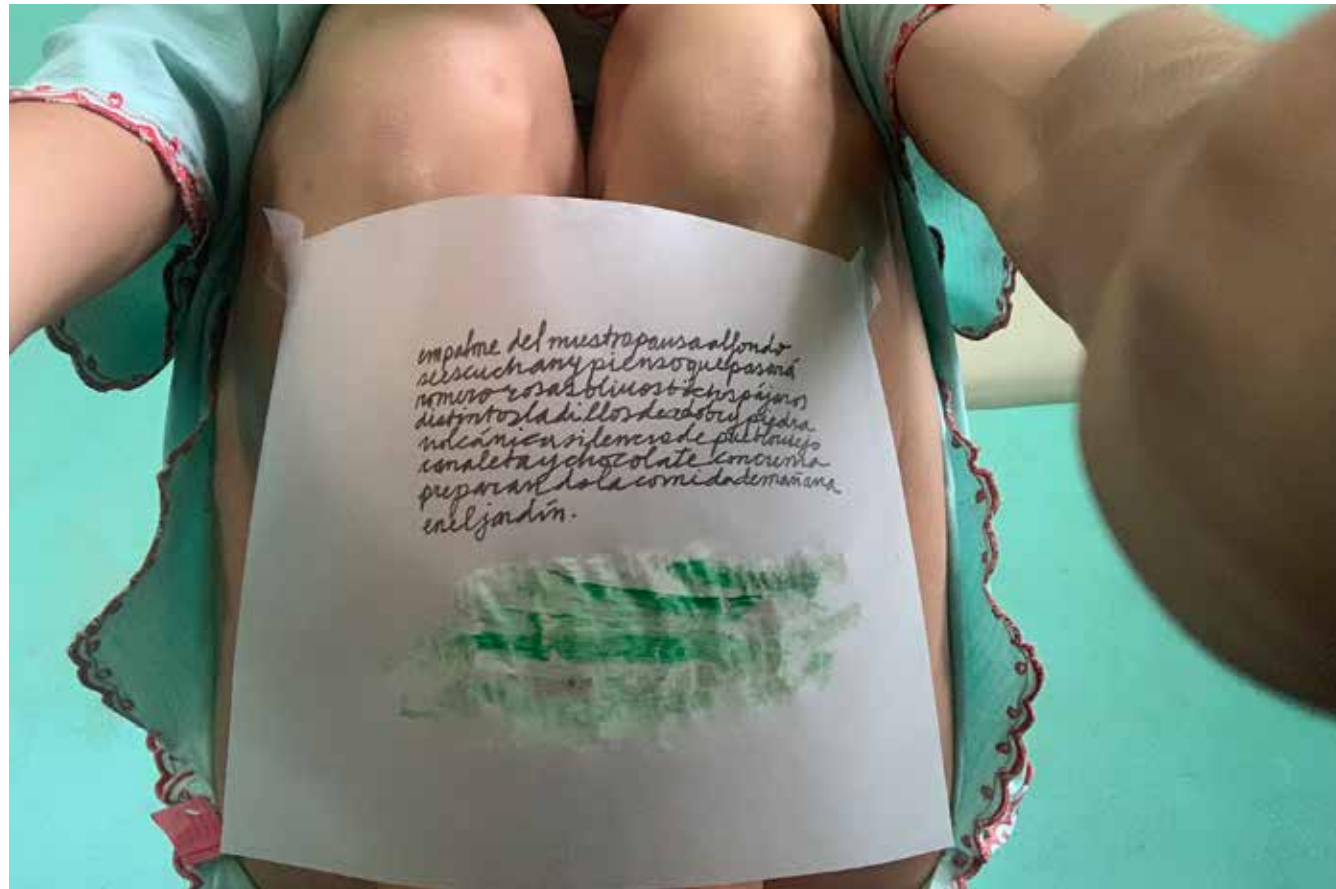
el plátano

el plátano

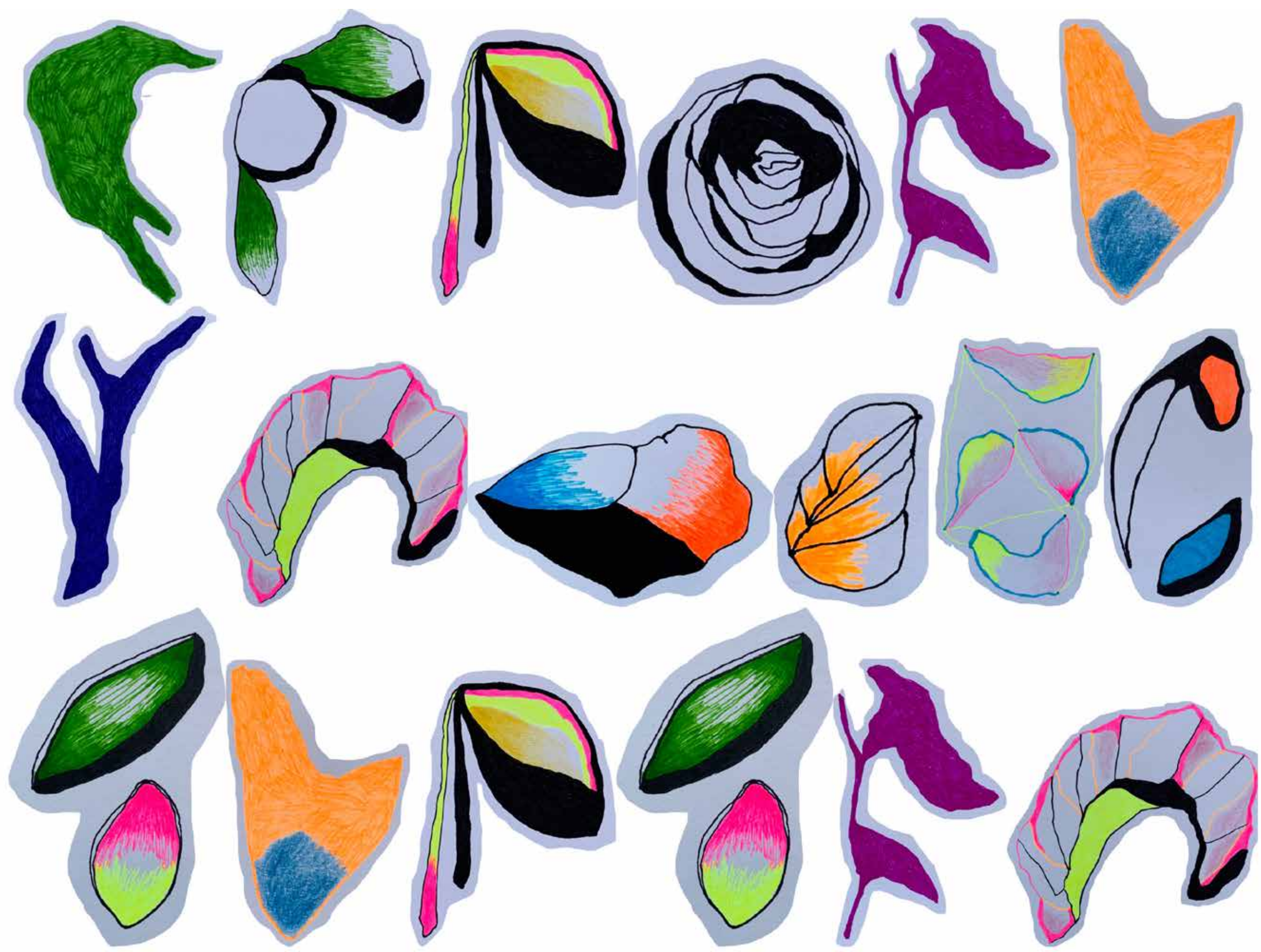
el plátano

La consciencia corporal es más que una herramienta, es una cualidad psicoemocional que nos conecta al mundo y con otros seres vivos a través de la sensibilidad. Para quienes trabajamos en procesos de creación e integración sabemos que abordar la vida con mayor consciencia favorece el aprendizaje significativo y la resiliencia. Y bajo una guía cuidadosa, nos hace capaces de evocar memorias profundas de un lenguaje universal.





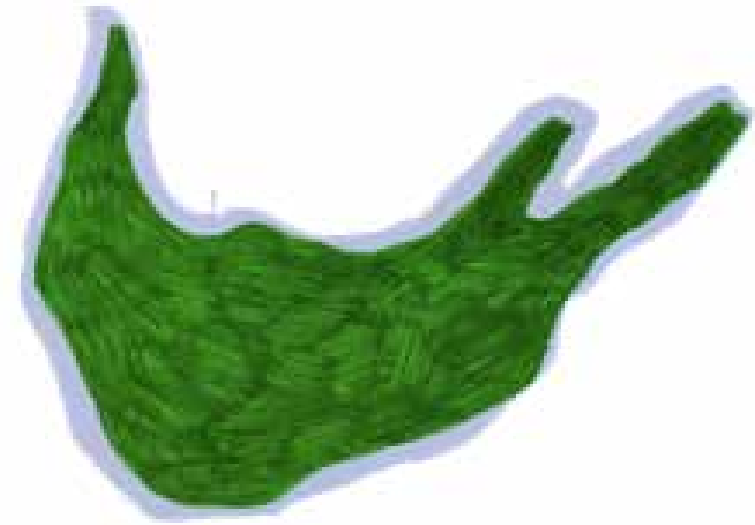
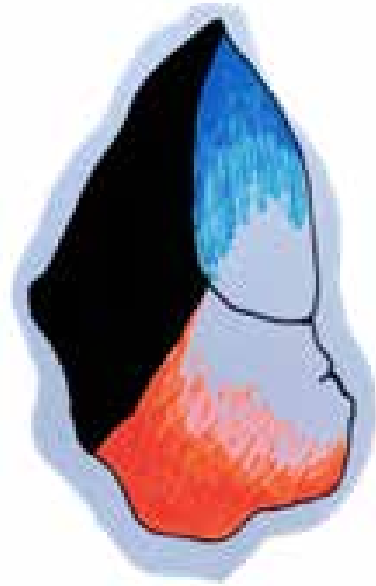




Los primeros patrones: al encuentro de nuestros dibujos

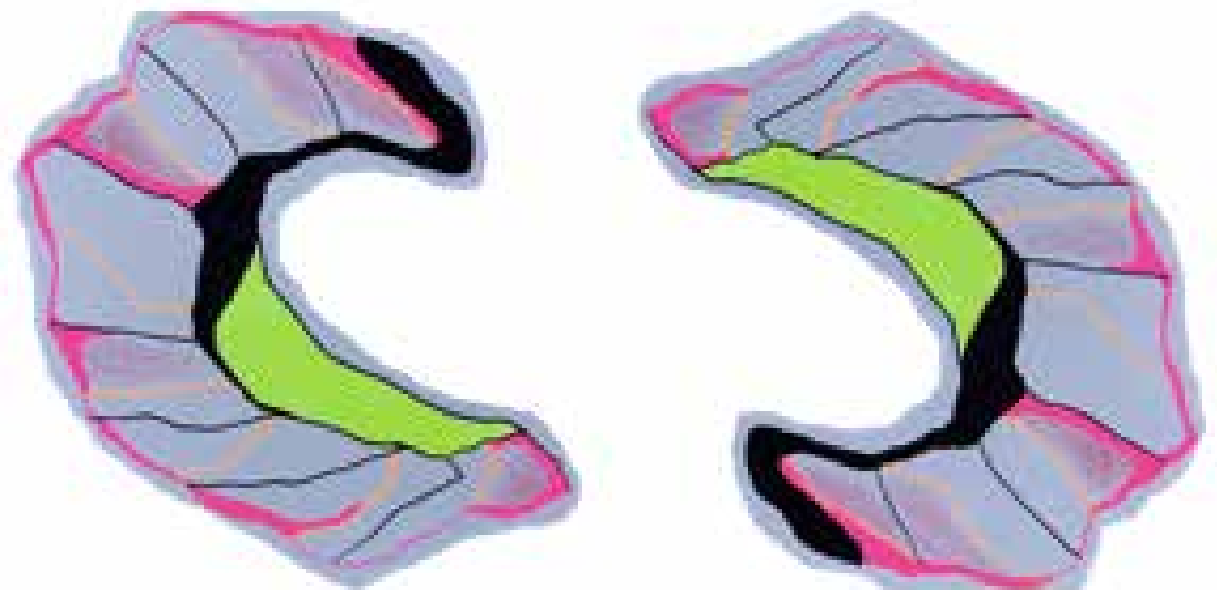
Durante el proceso creativo de *Gestos para la tierra* recuperé la colección de 13 dibujos que había hecho en casa de mi padre. Los digitalicé, recorté y junté en una hoja A4. Visualmente me resultaban muy llamativos y en conjunto formaban una atractiva trama de signos. Este primer inventario me hizo pensar en unidades de sentido que pudieran ser códigos de una comunicación más amplia. Empecé a hacer collages combinándolos con algunas figuras que extraje digitalmente de los bordados de Rosaura y Flori. Las posibilidades se aventuraban infinitas y los resultados eran muy extraños.





Cuando se los mostré a Flori y a Rosaura reaccionaron con sorpresa y desconcierto por la combinación arbitraria de sus dibujos con los míos. Era algo rarísimo para ellas, sobre todo para Flori quien es más tradicional. No comprendían el significado de lo que veían: ¿Eran flores, semillas, plumas o qué? ¿Estaban muertas, marchitas o cortadas? ¿Por qué no formaban parte de un gran dibujo? ¿Y a qué se debía la presencia tan protagónica del negro? Ese choque fue sumamente interesante y me dejó igual de desconcertada sin saber cómo resolver nuestras diferencias.

Rosaura es muy propositiva y abierta a lo nuevo, Flori también aporta a cada iniciativa pero es más reservada y detallista. Juntas hacen una particular combinación de energías y habilidades. Conversando sobre el color de los hilos, el posible significado de aquellas formas y su distribución en la manta, fue que empezamos a pensar en qué bordar. De esas conversaciones surgieron algunas ideas que al final descarté para dar lugar a otras.





Conversaciones sobre el acto de bordar

Ahora, pasado el tiempo, entiendo que los bordados son trazos que reflejan estados de conciencia y que requieren una concentración y atención meditativa. El momento de bordar es un tiempo de intimidad para la mujer y un espacio de recogimiento muypreciado.

Me gusta pensar que las superficies al irse bordando expresan un sin fin de movimientos de manos, ojos, piernas y columnas vertebrales. Y así, a medida que las telas pasan de mano en mano, de cuerpo en cuerpo, se suman otra infinidad de gestos acumulados. Me refiero que para que el bordado *cobre vida* se ejercen en él particulares apoyos y contactos acompañados de vibraciones y cambios en el tono muscular. Por ejemplo, el sacudimiento telúrico de la aguja y los hilos cuando entran y salen. Esa vibración es pura energía y conciencia.

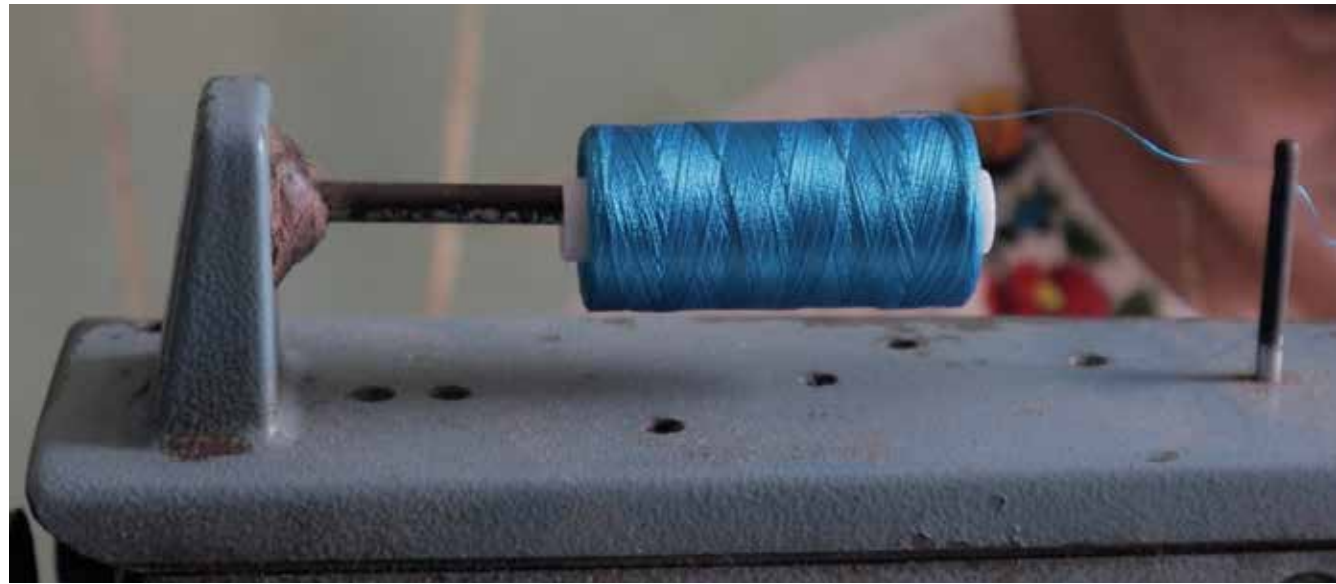
No puedo afirmarlo, pero presiento -y esto es algo que conversé con Rosaura y Flori- que cada uno de esos movimientos expresan intenciones. Y como en la vida misma, en algunos casos, las intenciones pueden ser visibles o invisibles. Los seres y los cuerpos que se implican sobre una superficie, llamémosla tierra, piel o tela lo hacen en su dimensión física y concreta pero también se suman su aspecto simbólico, emocional, orgánico y con ello su manifestación energética. Todo es gesto y, finalmente, todo gesto es danza. En este proyecto la danza es una especie de alquimia hecha de plantas, hilos, colores, golpeteos, apoyos, estiramientos, pliegues, lluvias, manos, familia, voces, hamacas, formas y sentires.

Finalmente, nació el primer bordado. Decidimos que sería la sumatoria de nuestros gestos: uno de Flori, uno mío y uno de Rosaura. Ellas harían cada una el suyo. En el centro de la manta colocarían una flor y alrededor de ella una larga secuencia de líneas ondeantes. La flor era de su creación y las líneas pertenecían a un antiguo dibujo mío. El resultado fue un gesto centrípeto y centrífugo, circular. Rosaura decía que la mareaba. Mi impresión era la de un reflejo en el agua. Ese fue nuestro bordado fundacional.















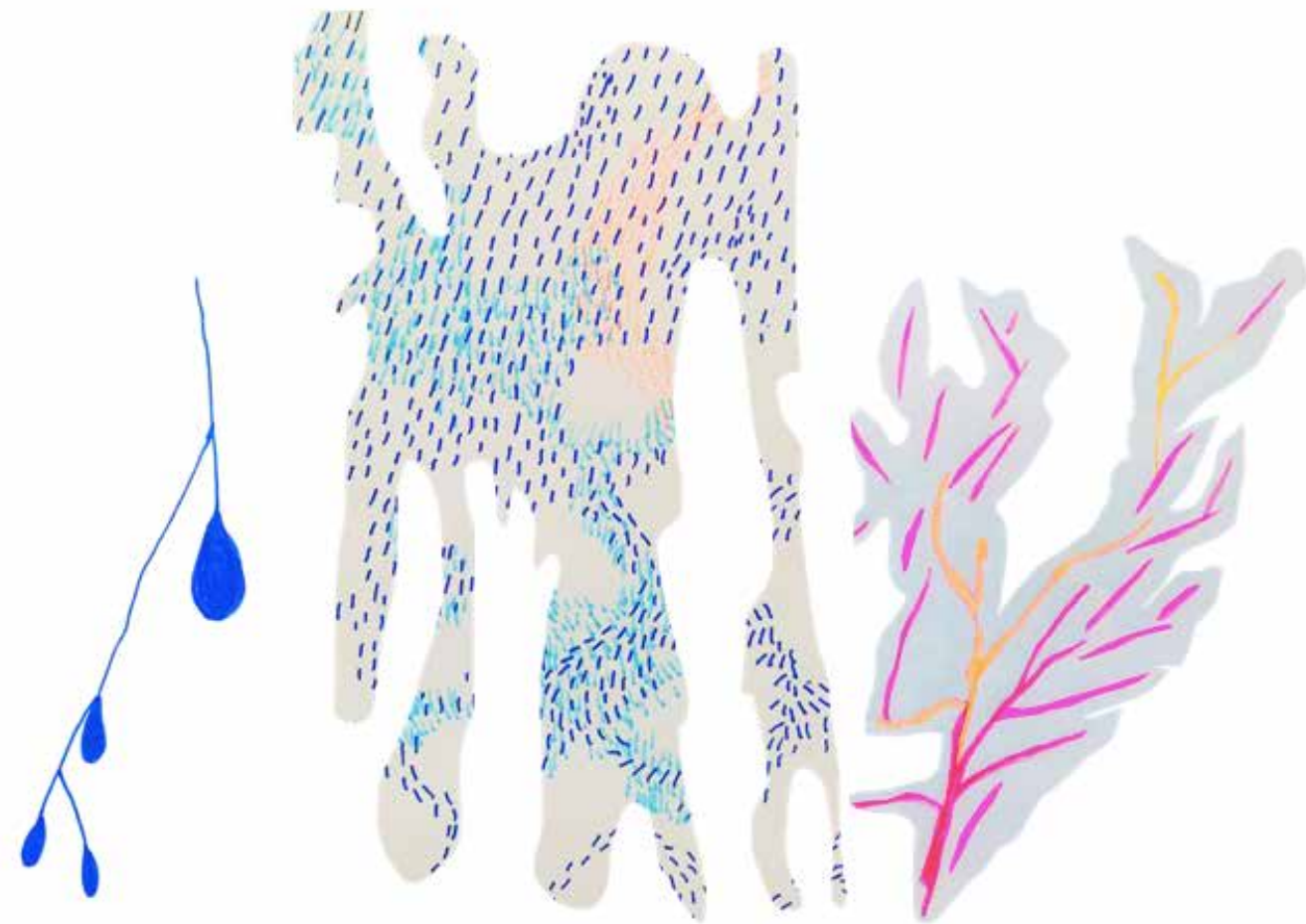
La creación de los bordados ha sido un viaje incipiente y nuevo hacia los complejos universos de Rosaura y de Flori. Por un lado, sus huipiles tienen una especial cualidad de exuberancia y fineza. Por otro lado, esa abundancia no deja de contrastar con la falta de servicios básicos (agua, luz, drenaje) y de oportunidades para un crecimiento social sustentable y justo. A pesar de trabajar arduamente y de contar con recursos provenientes de sus cultivos familiares de cítricos e injertos, así como de las abejas meliponas y los bordados, las dificultades se sienten. Como en muchos municipios del país, en Maní, un poblado de no más de 4000 personas, también existe el fenómeno de la migración permanente de mexicanos a los Estados Unidos.

A pesar de todo ello, hay algo increíble que sucede al ir a visitarlas. Algo que tiene que ver con cierta sencillez y complejidad en sus vidas. La familia como eje de todo, el disfrute de las costumbres y la relación evidente con sus entornos. Esa vitalidad acompañada de tensiones que van y vienen me *mueve* y propone *acomodos*. En lo personal, lo que siento es que aprendo mucho. Pienso que nunca dejaría mis comodidades de mujer de ciudad y clase media, no pertenezco a ese mundo, no nací allí y no sé si tendría el valor de soltar aquello a lo que estoy acostumbrada. Pero sí identifico parámetros y comportamientos a nivel personal, relacional y creativo que se dislocan cada vez que voy.

Cuando he podido quedarme varios días sola en Maní, sabiendo que estoy más cerca de Flori y de Rosaura, me siento emocional y psíquicamente distinta. E imagino que a ellas también les afecta en algo mi presencia. Mientras más *permanezco*, percibo más aceptación y pertenencia -hasta donde se pueda y sin idealizar-. Si me detengo a analizar aparecen muchas contradicciones de fondo pero también una apertura y vitalidad particulares. Es ahí donde pongo el foco de este trabajo: el gesto de llegar a Maní para estar juntas nos devuelve el gesto y la conciencia de la afectividad, empatía y cuidado que hay entre nosotras. Esa relación es esencialmente amorosa y se manifiesta de muchas maneras visibles e invisibles. Es el tejido vibrátil y corporizado que me gustaría transmitir a través de los bordados.







Los segundos patrones híbridos

A partir de estas imágenes arranca la última etapa importante del proyecto pues de aquí surgieron la mayoría de los bordados.

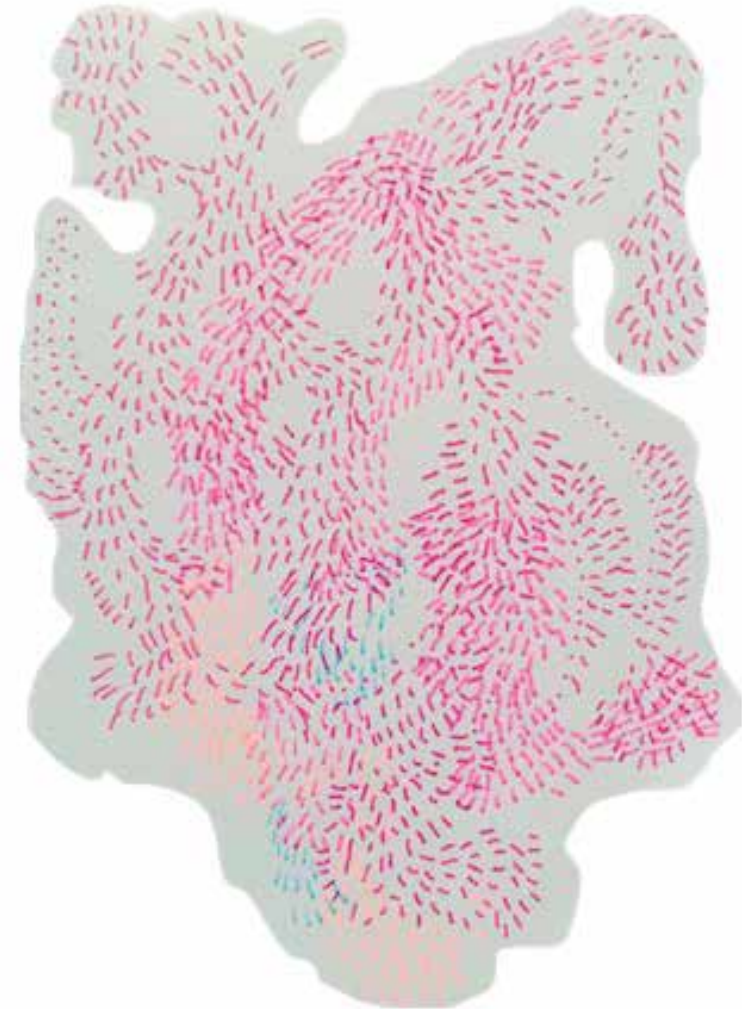
Después de revisar el material acumulado hasta el momento, finalmente, recuperé los trazos a lápiz y con ojos cerrados que habían hecho Rosaura y Flori, más una serie de dibujos míos. Repetí la acción de digitalizarlos, recortarlos y combinarlos para crear patrones híbridos. El resultado fue una mezcla de formas abstractas y figurativas hechas por las tres.

Algunas estaban asociadas a las imágenes evocadas durante la introspección: *la respiración por todo el cuerpo, el rojo, la abeja con polen, las tortillas, la ceiba, el fuego...* Mientras que las nuevas formas pertenecían a mis antiguas colecciones de dibujos y estaban totalmente descontextualizadas.

La desorientación nos empujó a jugar con la libre interpretación y traducción de las figuras, y a pensar en qué tipo de relatos podrían surgir de todo ello. La posibilidad de construir un relato me interesaba particularmente y fue así que propuse bordar cada una de las imágenes por separado, para después poder acoplarlas y constelar con ellas.

Tomé estas decisiones guiándome por dos consignas básicas: la primera era que en los bordados estuvieran presentes los trazos de las tres y, la segunda, era que los cuerpos tuviesen oportunidad de manipularlos interactuando y combinándolos libremente.

A este conjunto se le sumaron otros más: los bordados de las frases y la gran manta.



La Tierra



El Fuego



La Hoja



La Calabaza



El Verde



El Agua



La Respiración



La Gota



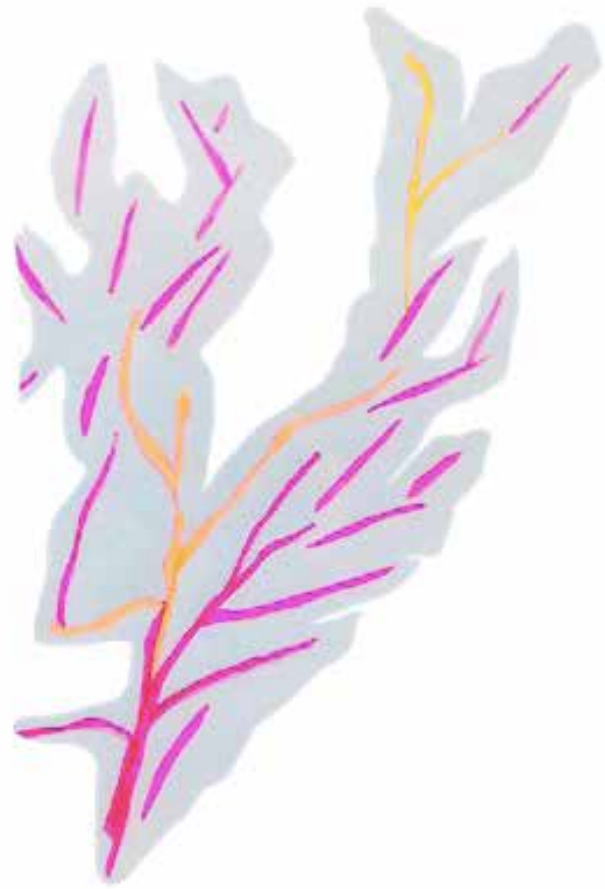
El Arroz



El Huracán



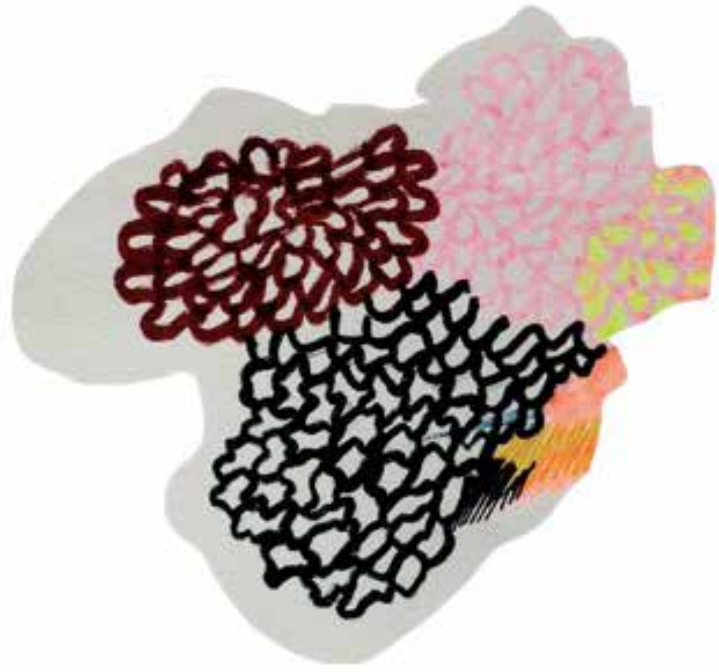
La Respiración



La Espiga



La Abeja con polen



La Flor



El Rojo



Exploraciones corporales con Rosaura

Gestos para la tierra es un laboratorio, un experimento vivencial que busca involucrar cuerpos, ideas y sentires en un diálogo constante entre bidimensión y tridimensión.

La acción de *portar* y *posar* los bordados -en distintos lugares, alturas y planos- para crear situaciones y relatos específicos, ha estado presente desde el origen del proyecto. El gesto de marcar una superficie y después manipularla convoca distintas cinestésias. Primero la del cuerpo que se mueve, desplaza y reposa para dibujar. Y después la impresión de un sin fin de movimientos posibles que aparecen al activarla. Los bordados son objetos a los cuales inyectar energía vital, pensamiento y sensibilidad, pues así fueron creados.

En la tradición de los pueblos ancestrales la vestimenta adorna a quien la porta, habla sobre su identidad y rol social. La intención de los bordados es que evolucionen. Que puedan ir cambiando de función y espacio y que a la vez continúen ligados a un origen. ¿Cuál origen? ¿Cuál evolución? Esas son preguntas para seguir investigando y conversando.

A este punto necesitaba un piso, un territorio común donde cohabitar. Ese piso serviría para acomodar individual o grupalmente los bordados, o bien, como un gran dibujo independiente y solitario. También podría ser útil para abrazar a alguien, conversar o acostarse en él. Un día invité a Rosaura a realizar juntas una serie de movimientos e improntas sobre una manta de 2m x 2m.







A través de exploraciones corporales y marcas hechas a lápiz fuimos creando líneas basadas en premisas sencillas como posarse, desplazarse y visualizar lugares. Así iniciamos un diálogo de preguntas y respuestas:

-Y si esta manta fuera Maní ¿Dónde estaría tu casa?

-Aquí

-¿Y la iglesia?

-Aquí. Y aquí está la casa de Flori.

-Y si ahora esta manta fuera tu casa ¿Dónde estaría tu máquina de bordar?

-Aquí dentro.

-¿Y el meliponario?

-Aquí afuera.

-¿Puedes poner un dedo en uno y yo en otro? A partir de esta posición voy a marcar la distancia que separa nuestros cuerpos.

-¿Quieres trazar mi contorno en la manta? Y después yo trazo el tuyo ¿Te parece?

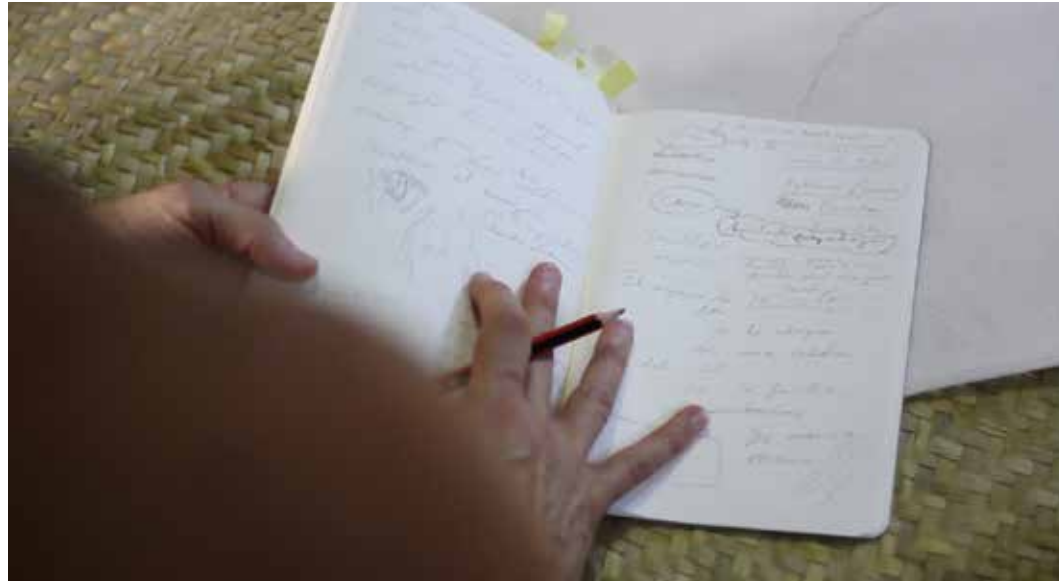
-Sí

-Voy a sacar la lengua.

-Y yo trazaré mi propio contorno.

Las líneas aparecieron una después de otra sin jerarquía ni orden, dejándonos llevar. Y fue así que nació la gran manta.









Acción en el jardín, las toronjas y el segundo pedido

Como un acto de cierre del proyecto, les propuse a mis amigas bordadoras hacer un dibujo en mi cuerpo. Desde ya me parecía algo muy íntimo pero esa intimidad me gustaba. Tuve ganas de pintarlas a ellas pero eso sí me parecía un poco invasivo. Con el tiempo me fui percatando que Rosaura y Flori son mucho menos pudorosas de lo que pensaba y que tal vez sí podríamos, en un futuro cercano, dibujarnos entre las tres.

La piel es un territorio a veces inexplorado. Es el órgano sensorial más vasto de nuestro cuerpo, habitado por millones de células que se encargan de mantenernos estimulados e informados. En nuestra sociedad, en términos de sensibilidad, hay poca libertad para explorar el sentido de la piel. Los comportamientos y contactos permitidos, por lo general, dan prioridad a la frontalidad y a la vista. El tacto queda en segundo plano y la parte posterior del cuerpo y otras zonas más escondidas, en tercero o cuarto. Explorar la piel sutilmente y de una manera no habitual es un placer y una posibilidad de plantearnos preguntas sobre la sensibilidad y los vínculos.

En el contexto de nuestro encuentro, me pareció amoroso y juguetón que mis amigas bordadoras y meliponicultoras dibujaran sobre mi espalda. Al inicio pensé en un paisaje o en alguna imagen que ellas quisieran evocar pero después, de manera consensuada, decidimos que el dibujo sería un reflejo del jardín de Flori. Los jardines son espacios que se observan, incorporan y pintan en los bordados tradicionales. De algún modo se borda el mundo que se percibe. Así que nos juntamos en el jardín, entre las matas de toronjas, puse una sillita y en plena tarde de un día maravilloso me pintaron.







La experiencia sí fue íntima y también dulce y divertida. Colgamos nuestros primeros bordados en los árboles para ver cómo pasaba la luz del sol a través de ellos. De allí nos fuimos a la terraza de Flori para seguir conversando sobre los bordados que aún faltaban: los individuales, las frases y la gran manta. He hablado poco de las frases. Son oraciones que escribí durante mis estancias en Maní y en otros lugares. Hablan de pequeñas y grandes ideas o temas: el tiempo, el cambio climático, el movimiento, los vínculos, los estados contemplativos. Una de ellas surgió al recordar el meliponario de Flori y a las abejas que entran, salen y dan vueltas esquivándolo todo -sin picarte- hasta llegar a la entrada de su colmena. La frase dice: alrededor del origen.







Los bordados

Hace poco, mientras buscaba la palabra constelación

Una constelación, en astronomía, es el límite en que está dividida la bóveda celeste, cada una está conformada por una agrupación convencional de estrellas, cuya posición en el cielo nocturno es aparentemente invariable. Los pueblos, generalmente de civilizaciones antiguas, decidieron vincularlas mediante trazos imaginarios, creando así siluetas virtuales sobre la esfera celeste. En la inmensidad del espacio, en cambio, las estrellas de una constelación no necesariamente están localmente asociadas; y pueden encontrarse a cientos de años luz unas de otras. Además, dichos grupos son completamente arbitrarios, ya que distintas culturas han ideado constelaciones diferentes, incluso vinculando las mismas estrellas.



ALREDEDOR DEL ORIGEN





OFRECER EL GESTO





TIEMPO DE ANTES





Los bordados son materialidades con las cuales seguiré investigando con Flori y con Rosaura y en otros contextos. En un principio podrían ser explorados por la comunidad de Maní, donde hay un grupo importante de mujeres que bordan y producen miel. Y por estudiantes y colegas de arte y ciencias naturales. Pienso en su nomadismo y movilidad, yendo de un lado al otro; en su activación a través de talleres con gente de distintas edades, en entornos rurales y urbanos; como propuesta artístico-pedagógica o como obra instalativa. Me interesa que estas materialidades puedan configurarse en el cruce entre el arte relacional, la educación ambiental y la performatividad.

MATA DE FLORES





LO QUE ESTÁ CAMBIANDO Y DESAPARECIENDO





LO QUE SE MUEVE Y DESCONOZCO





En las creencias mayas, las costureras se encomendaban a Ixchel, diosa de las labores textiles o del tejido, además de que es la divinidad del amor y de la luna.

Y lo creo.

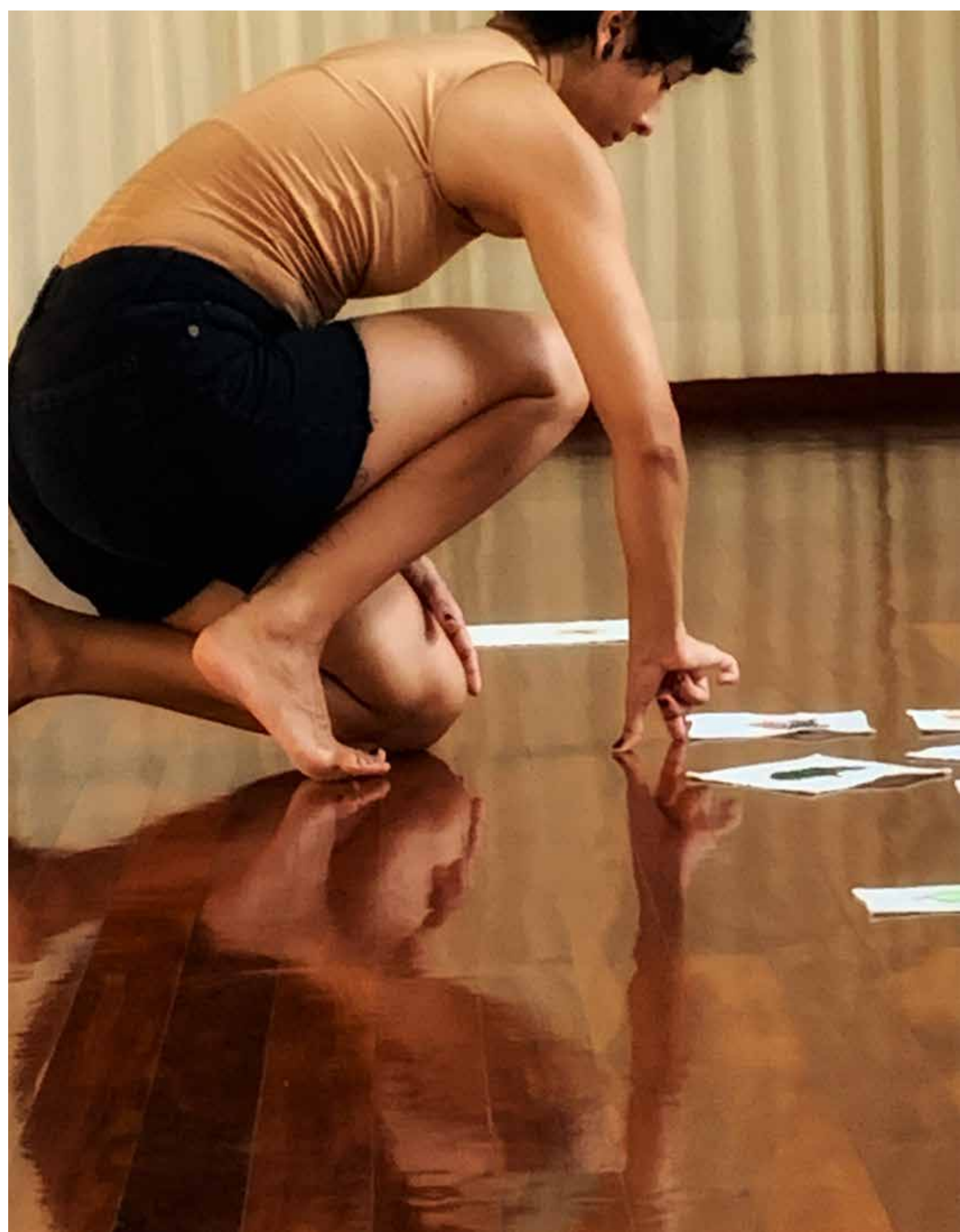
Meli y la otra danza

La última etapa de *Gestos para la tierra* fue la incorporación de Melisabel Correa Rodríguez al proyecto, amante del movimiento y terapeuta. Meli y yo nunca hemos trabajado juntas pero hace un tiempo que queremos encontrarnos e intercambiar saberes y prácticas. Ambas venimos del campo de las artes vivas y de la salud.

Para poder profundizar en la exploración corporal de los 28 bordados, previamente, le compartí dibujos e imágenes del proceso. Le conté sobre el proyecto y la experiencia con Rosaura y con Flori en Maní, y, finalmente, le di los bordados para que se los llevara a casa. Tuvimos un par de largas conversaciones en torno al cuerpo, la energía, los afectos, el cuidado y nuestro momento creativo.

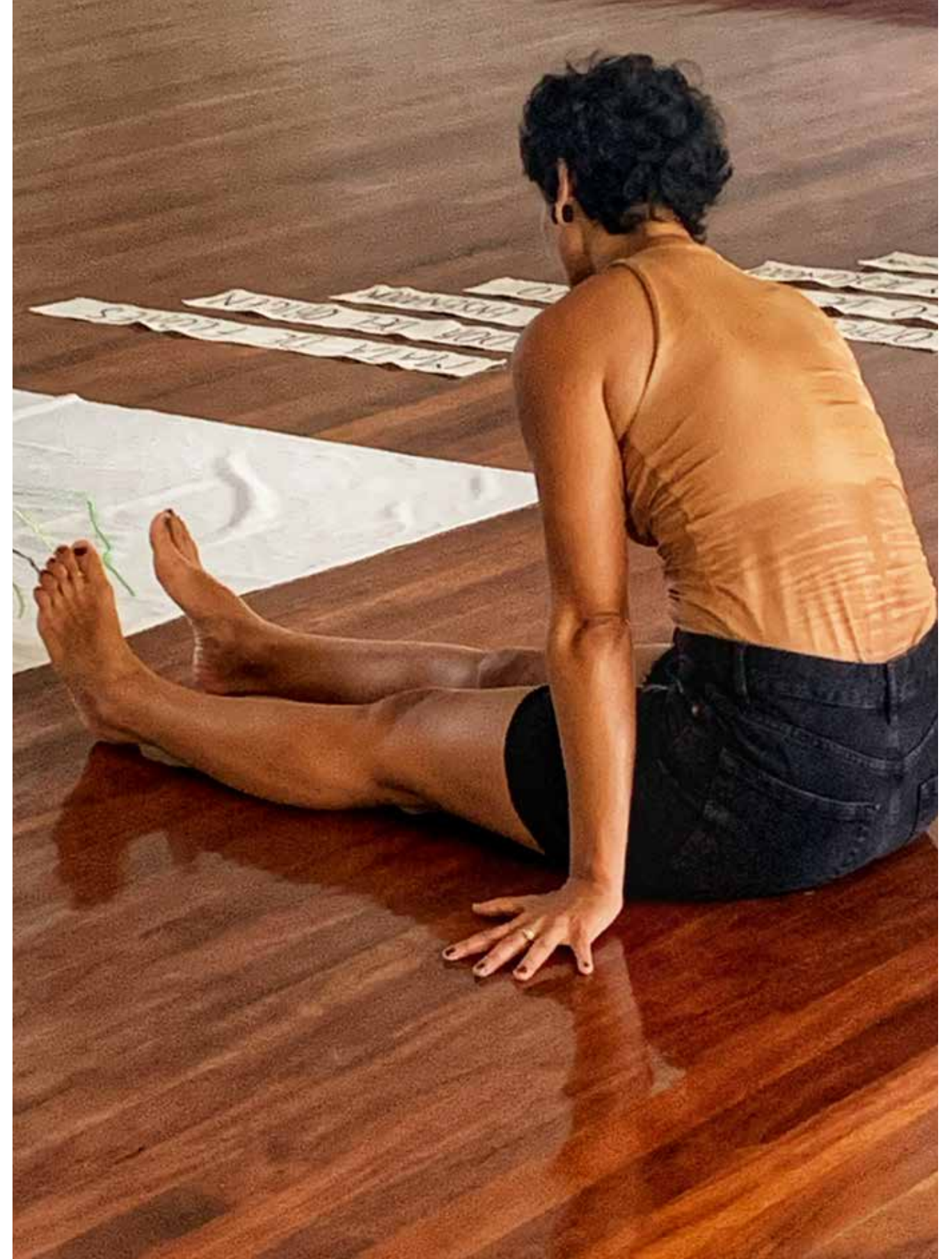
Durante una sesión de improvisación Meli colocó y activó cada uno de los bordados dando lugar a su propio relato. En algún punto pude percibir la sutileza de sus movimientos y, sobre todo, una gran capacidad de escucha y resonancia.

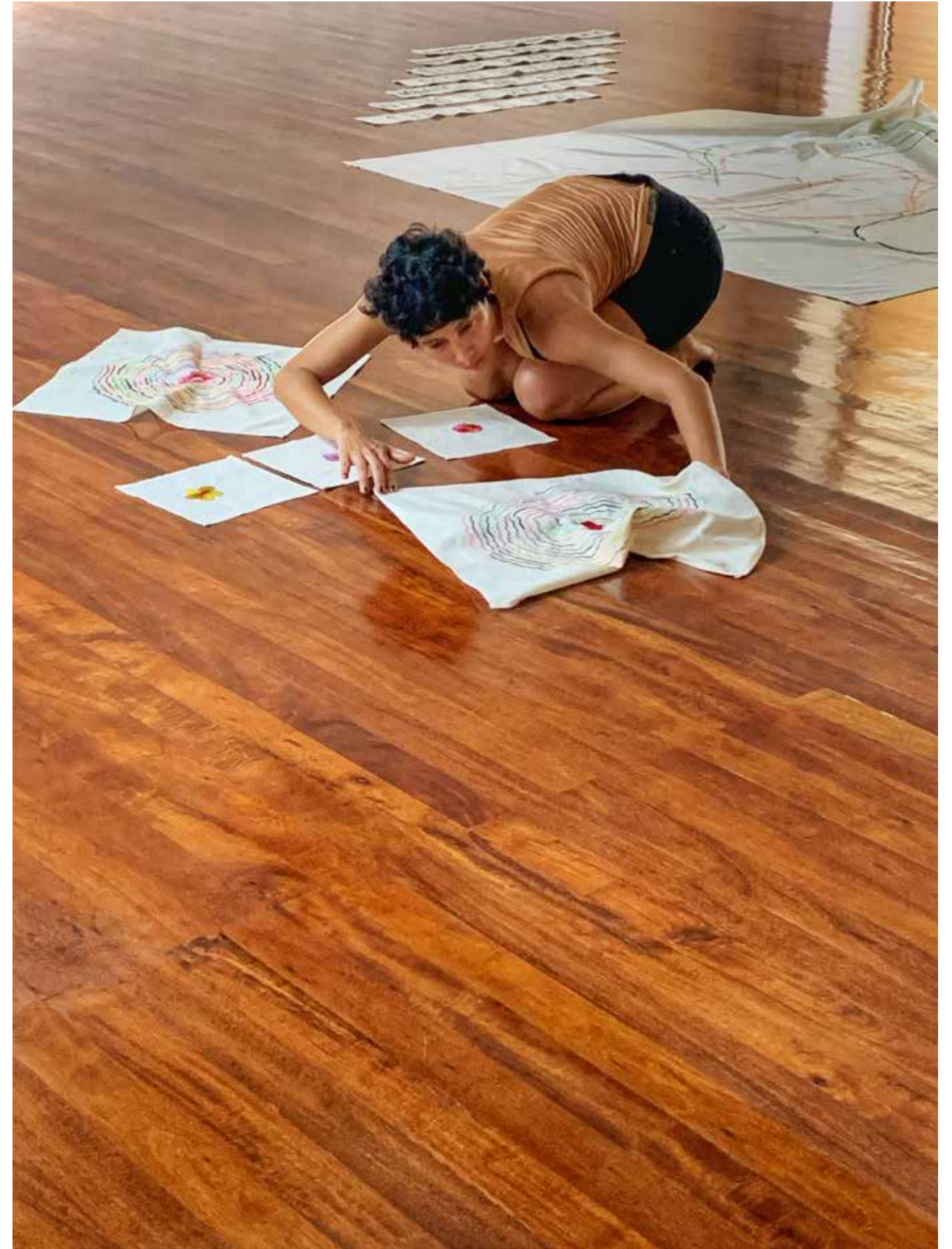
Se oían el caer del peso del cuerpo contra la madera y los pájaros K'au pero aparte de eso todo era muy silencioso. Algunas impresiones de esa sesión: un juego de infancia, extrañas maniobras en el aire y la traducción de un escritura alquímica. Yo no intervine sino hasta el final cuando conversamos.



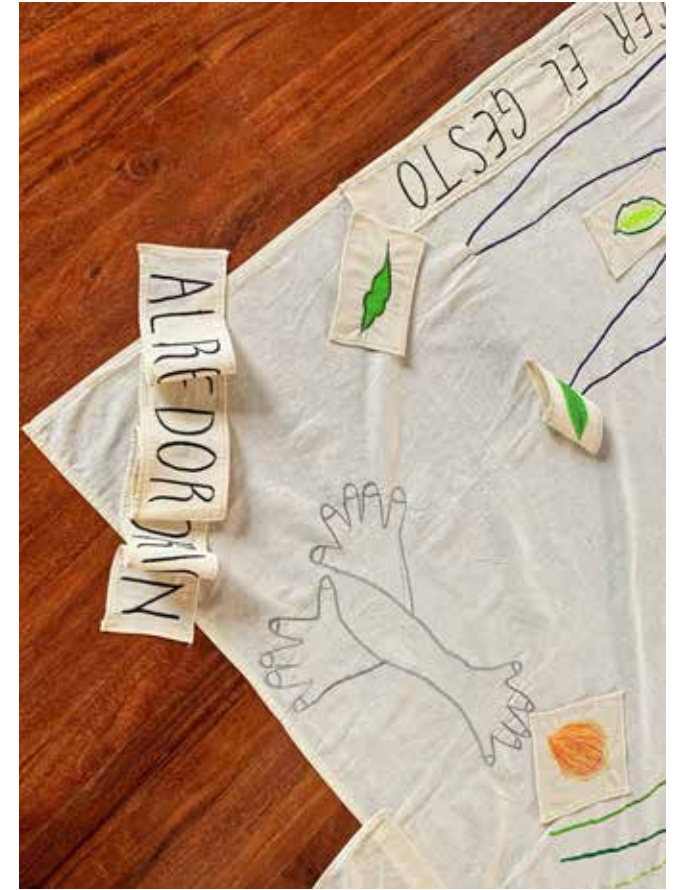




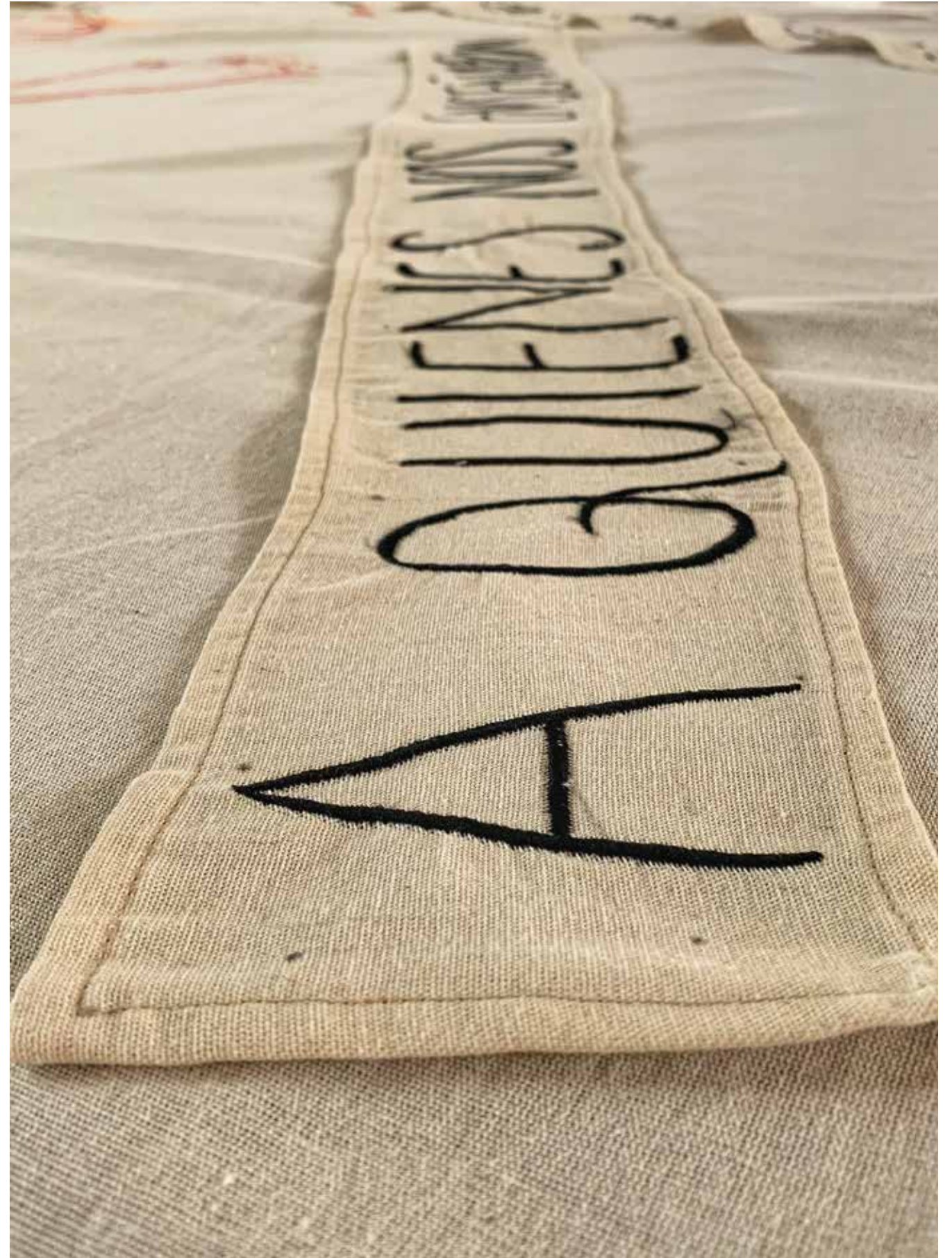










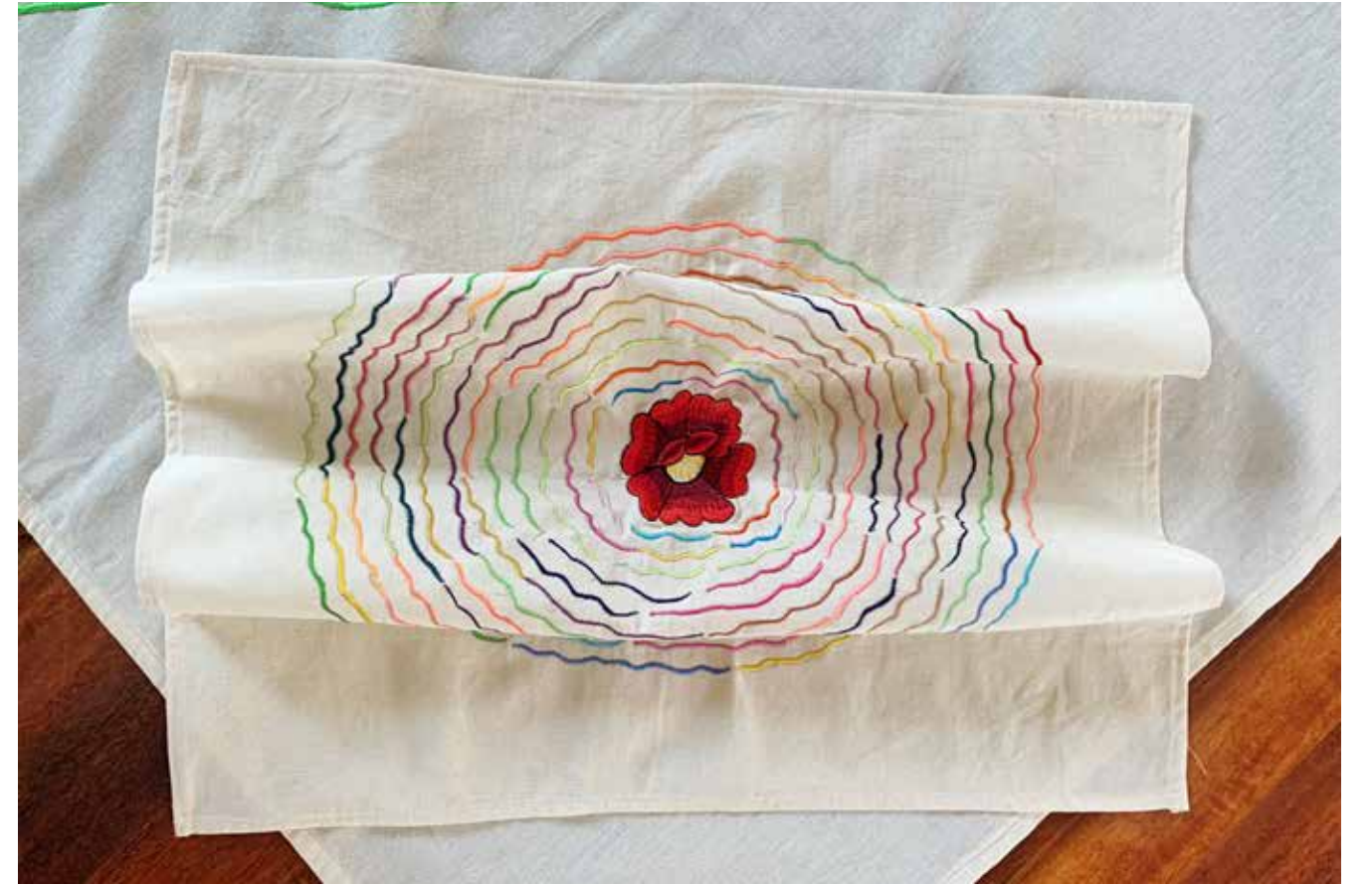


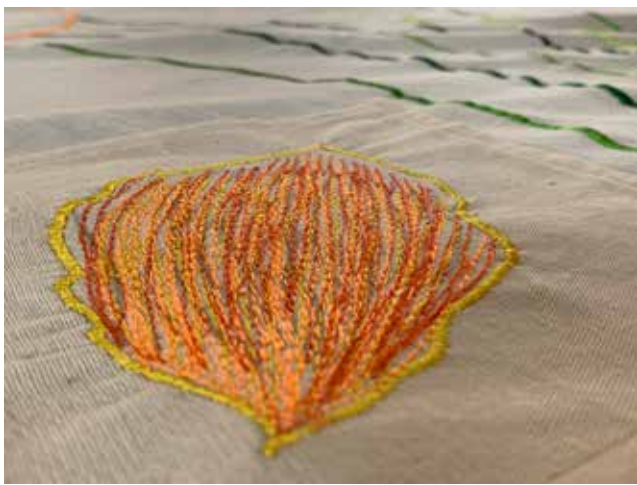
Me quedo con estas preguntas:

¿Cómo sucede, si es que sucede, el desplazamiento del cuerpo de quien borda al cuerpo de quien danza? ¿Pueden los bordados ser trampolines, vehículos y artefactos del viaje entre una forma de performatividad y otra? ¿Y entre una forma de vida y otra? ¿Es posible resignificar los trazos bordados a través de la improvisación? ¿A qué tipo de activación invitan? ¿Pueden ser detonadores de nuevas textualidades? ¿Es necesario conocer la forma en que estuvieron hechos para percibir los gestos que les dieron origen? ¿Cómo se disponen en el espacio? ¿Pueden sumarse a una lectura y escritura de otros contextos y realidades? ¿Se pueden vocalizar? ¿Tiene el potencial de usarse en colectivo como transmisores de algún mensaje? ¿Qué otras materialidades, objetos o códigos pueden interactuar con ellos? ¿Se utilizan por separado o en conjunto?





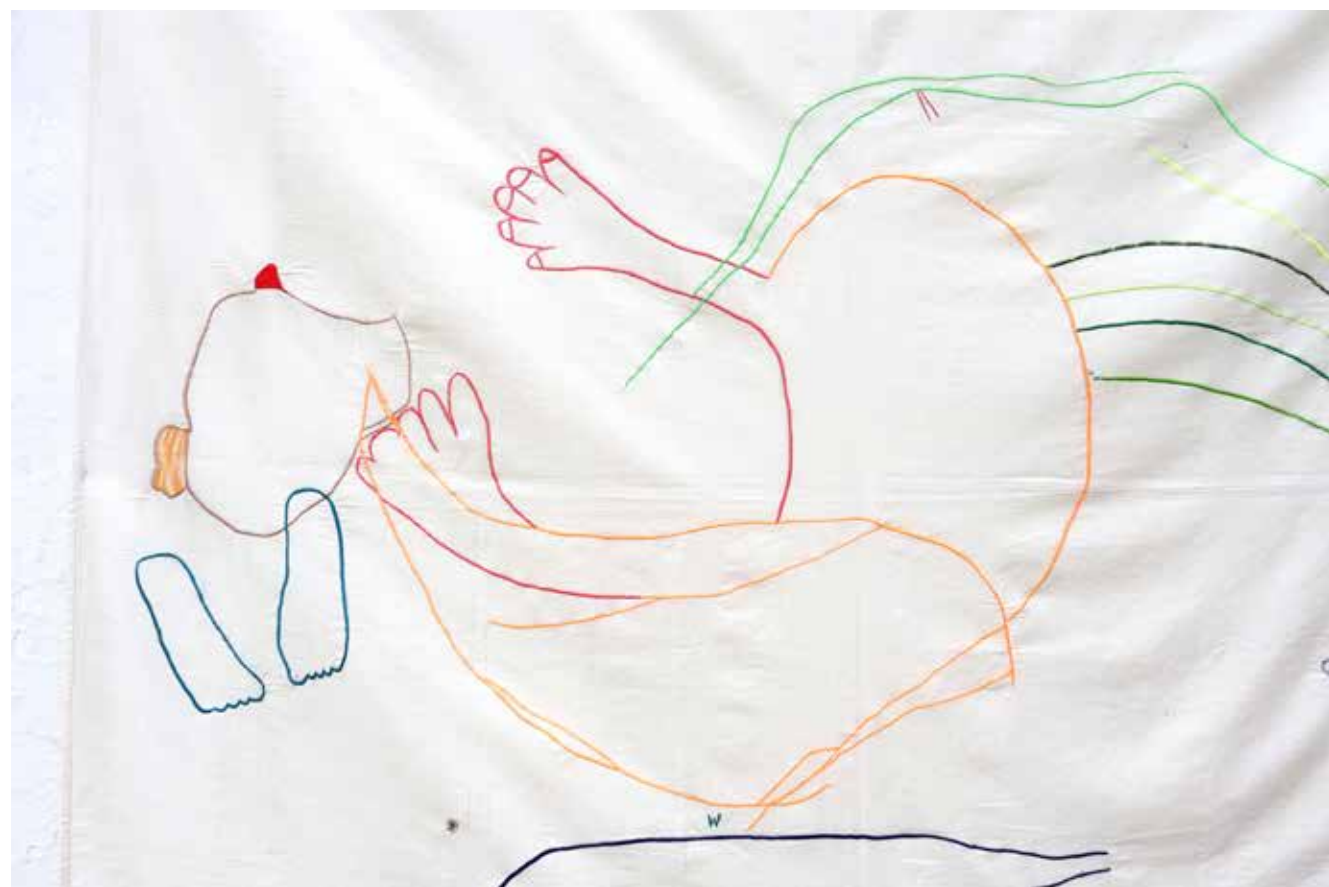
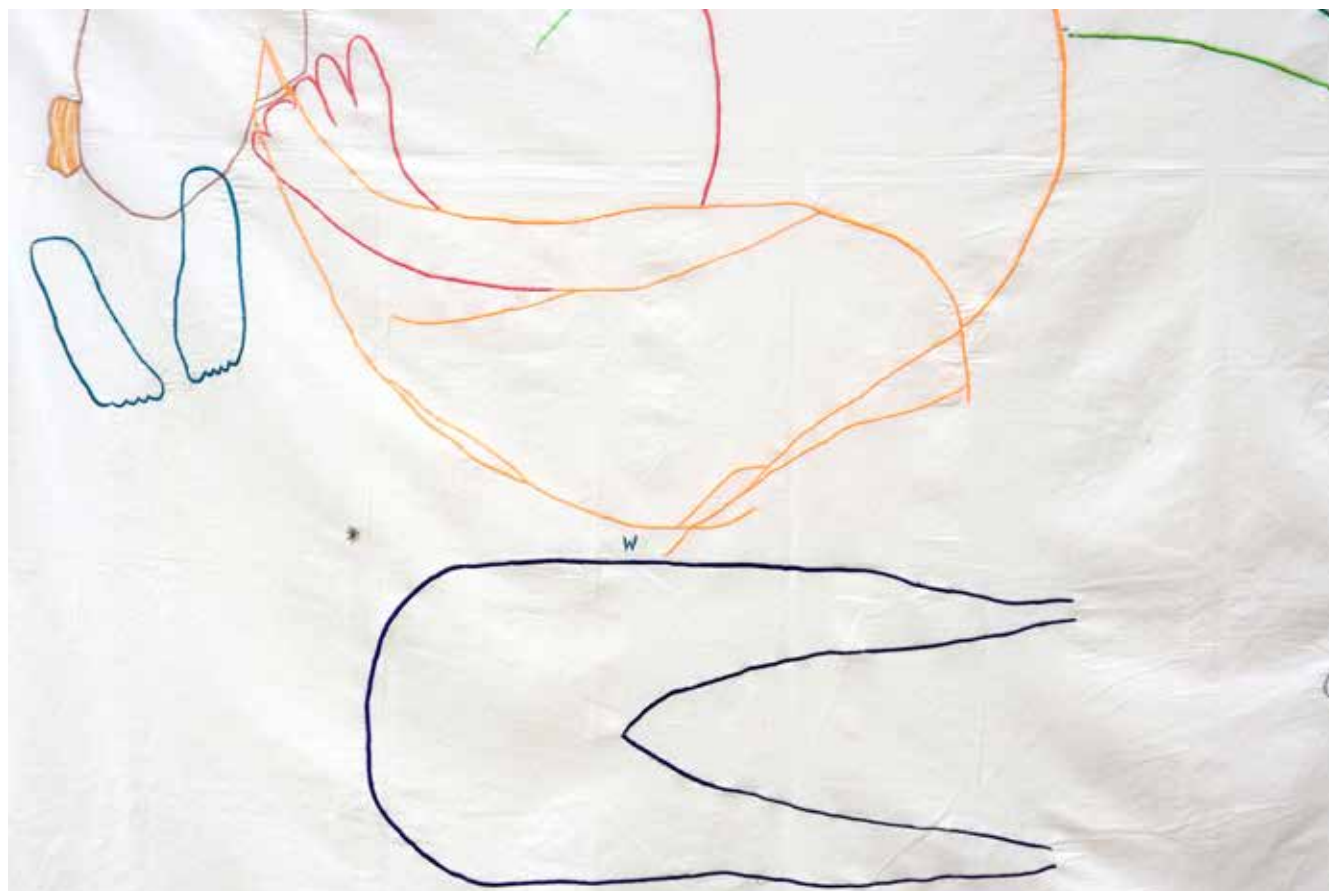








M



Gestar y gesticular

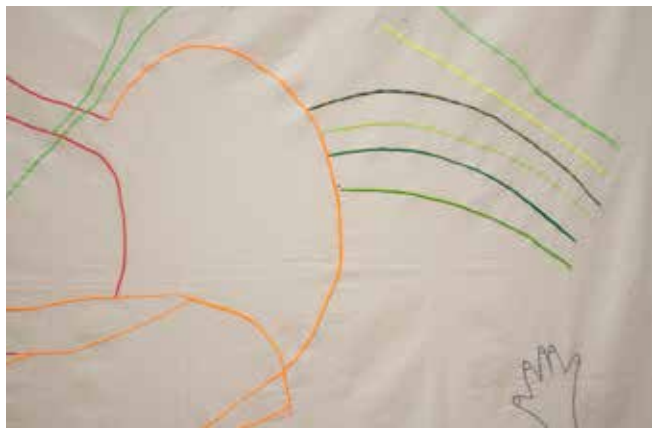
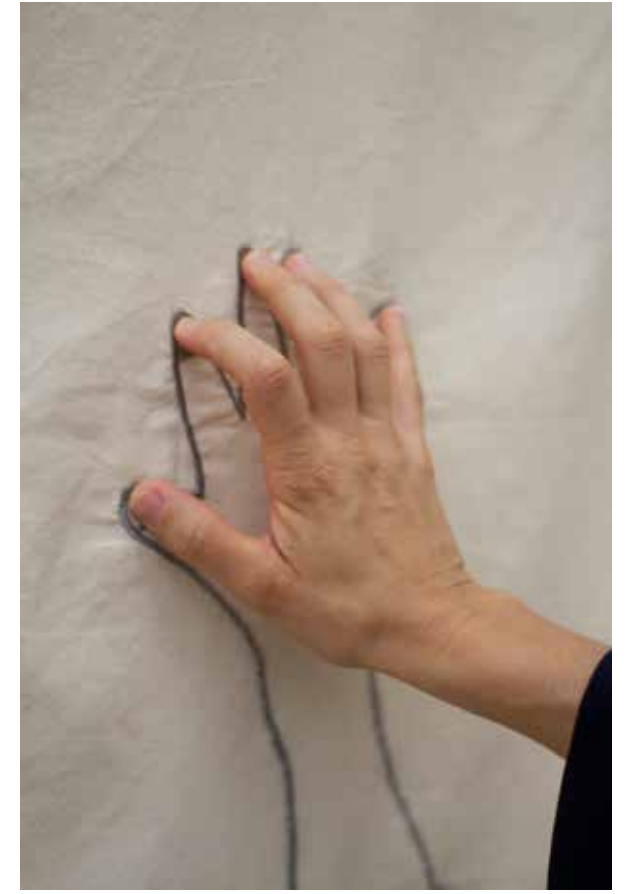
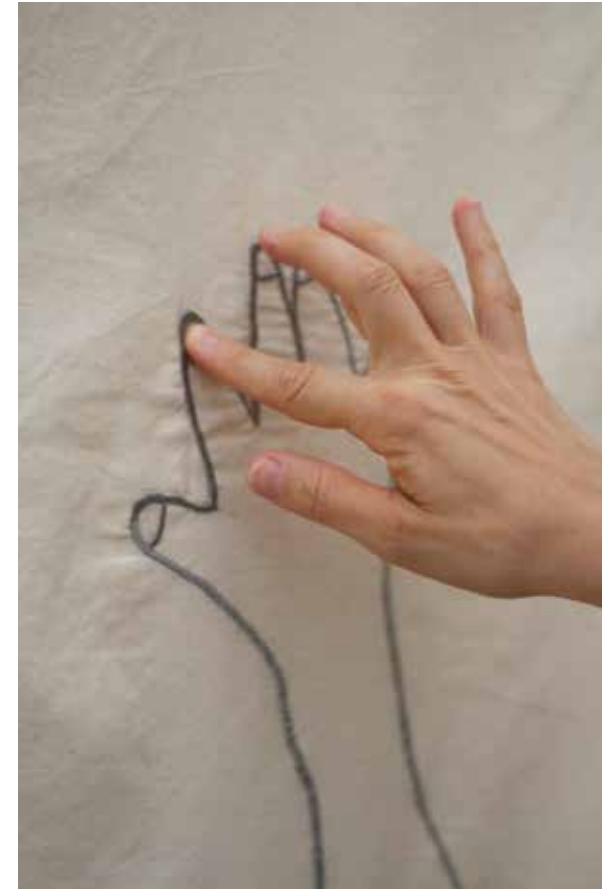
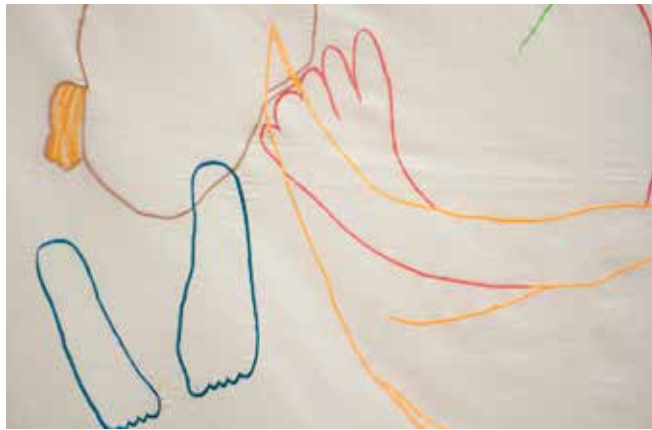
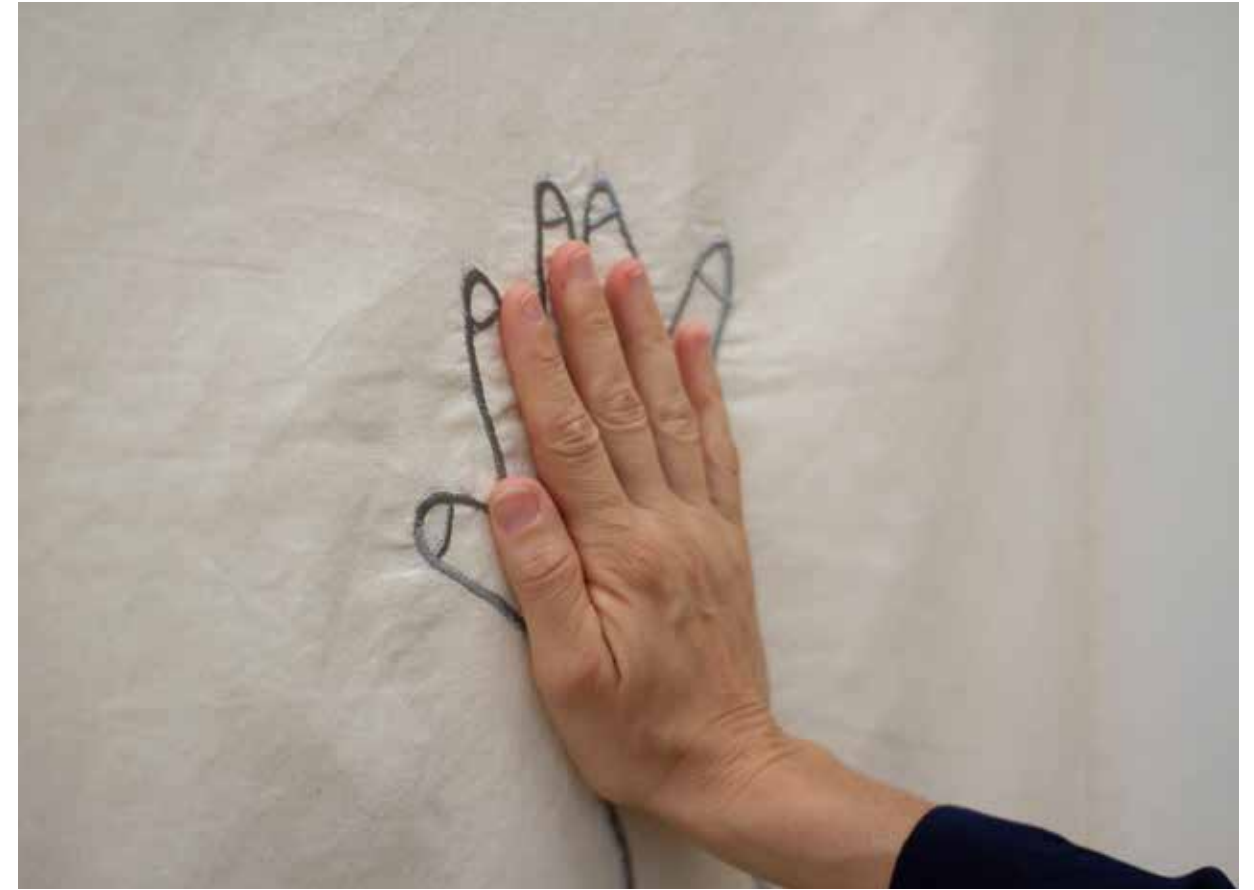
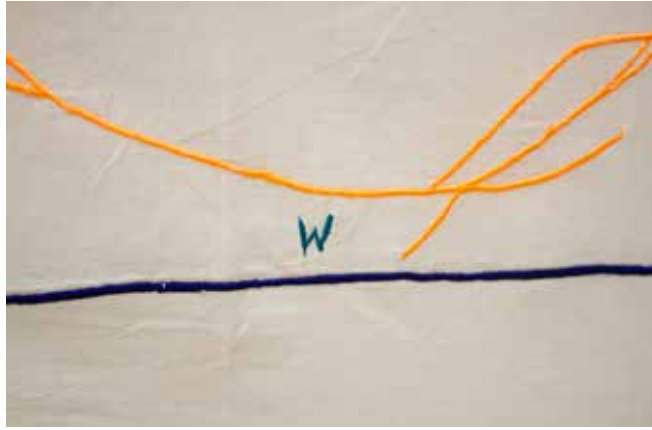
Ambos conceptos aparecen en esta propuesta. Y en eso consiste este experimento, repito: sumar trazos que reinventen gestos para nutrir otros gestos de una manera cómplice y lúdica, y así sucesivamente. En ese sentido, es un pequeño Ser que empieza a balbucear y a comunicarse.

Por un lado, me doy cuenta que la experiencia creativa -sin pretender producir nada nuevo- se vuelve un espacio de *incorporación* del aprendizaje, que surge del encuentro de distintas sensibilidades e historias.

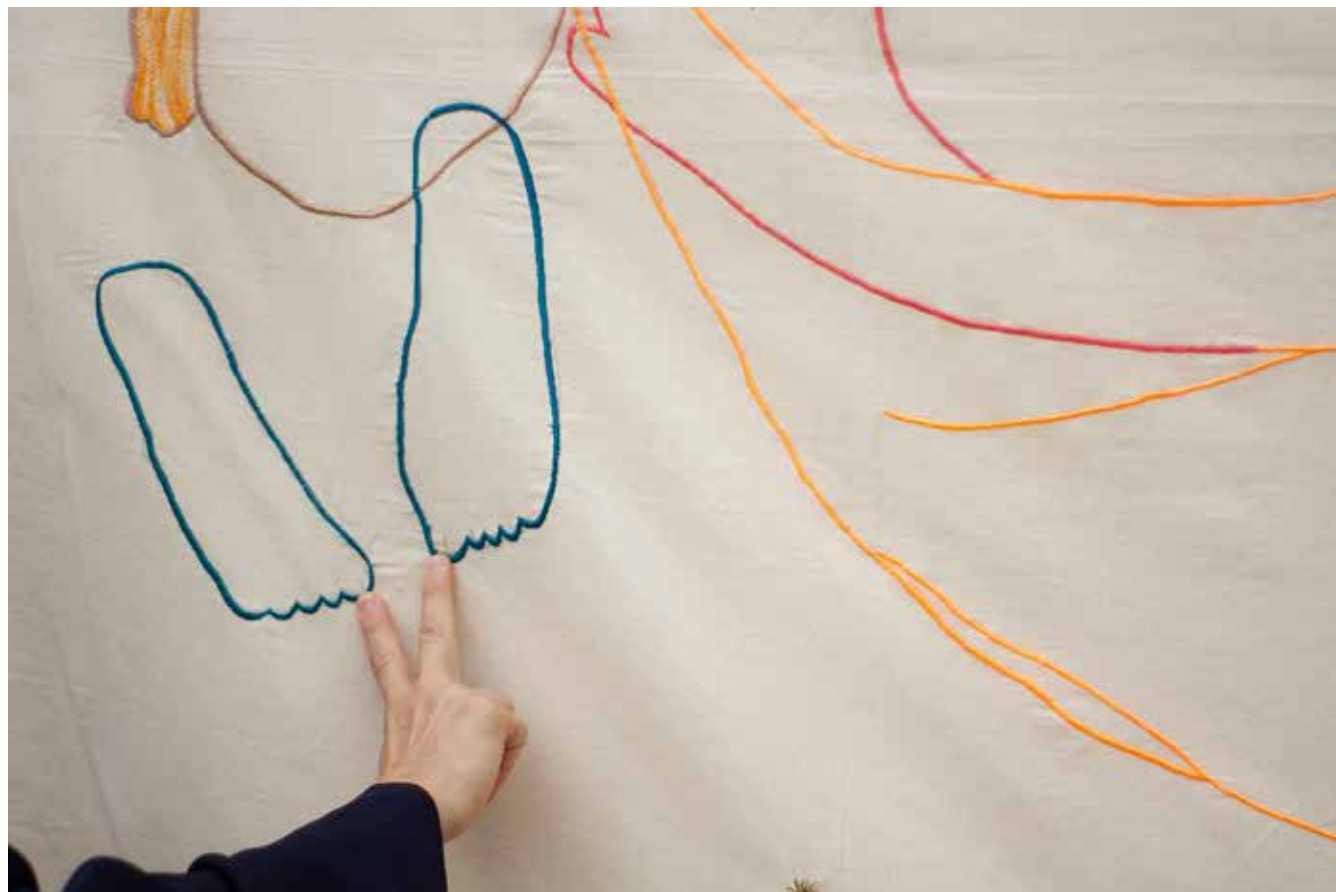
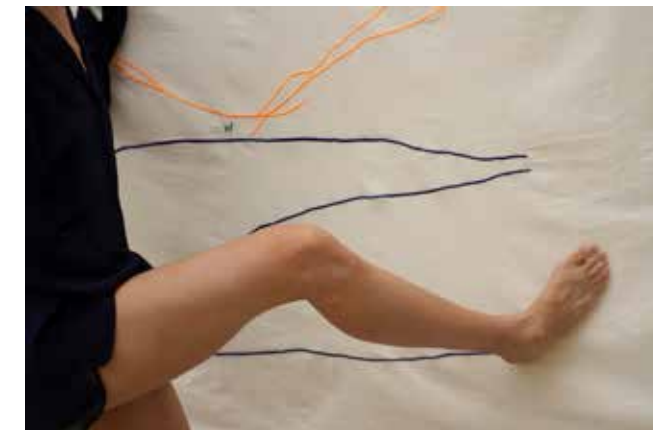
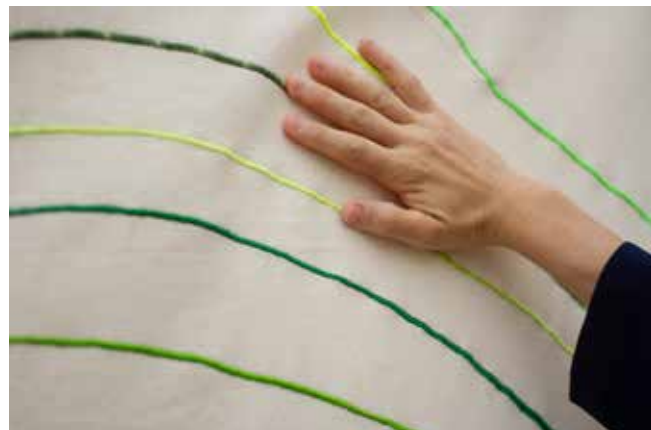
Por otro lado, observo la importancia de validar la reciprocidad sutil y no siempre evidente de esos intercambios. Reciprocidad que hace tanta falta alimentar en la realidad en la que vivimos y en la que viviremos de aquí en adelante. El objetivo es Marte y no la Tierra.

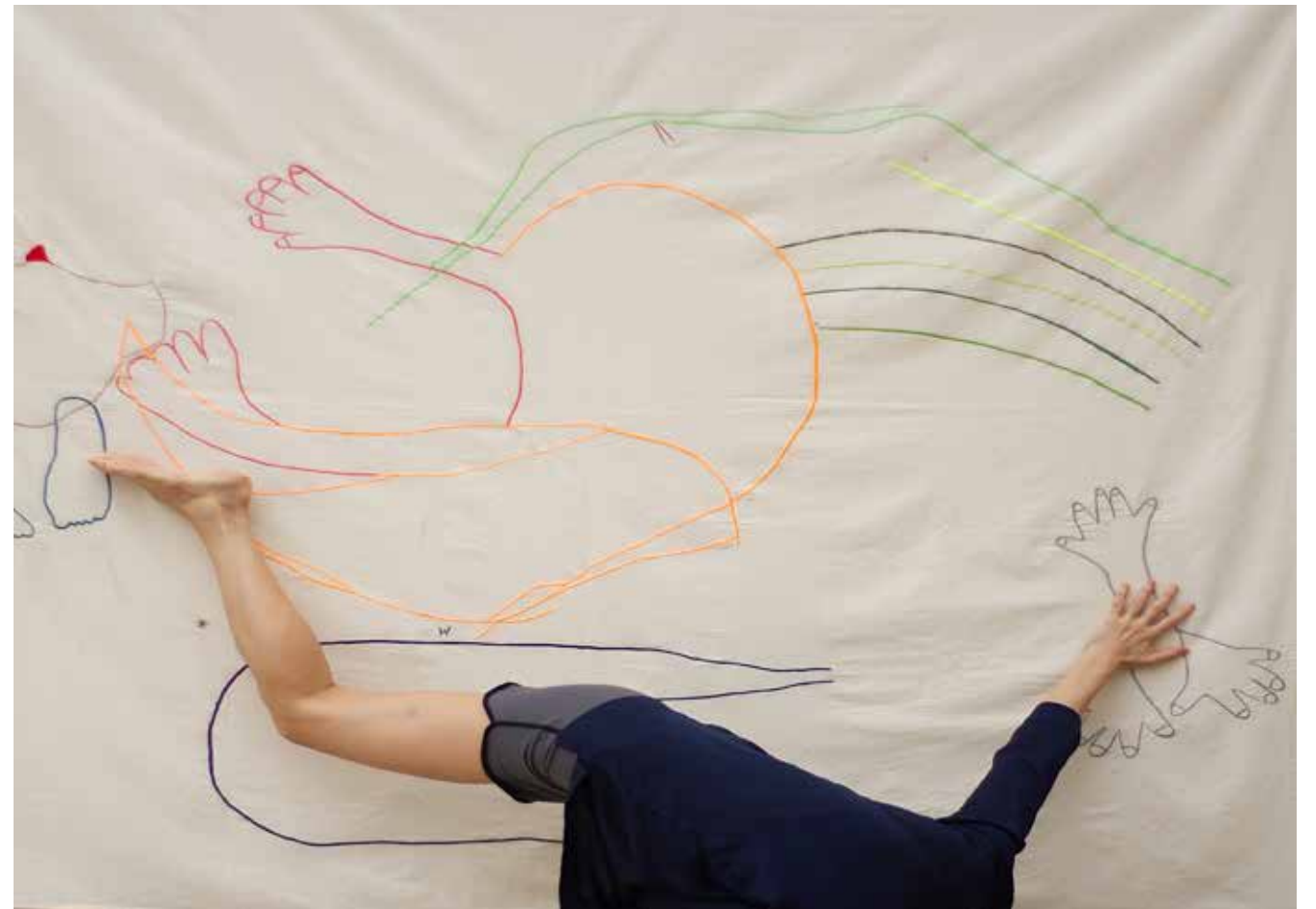
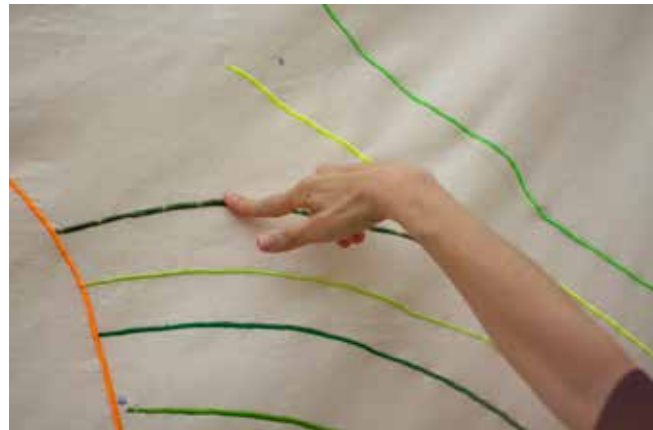
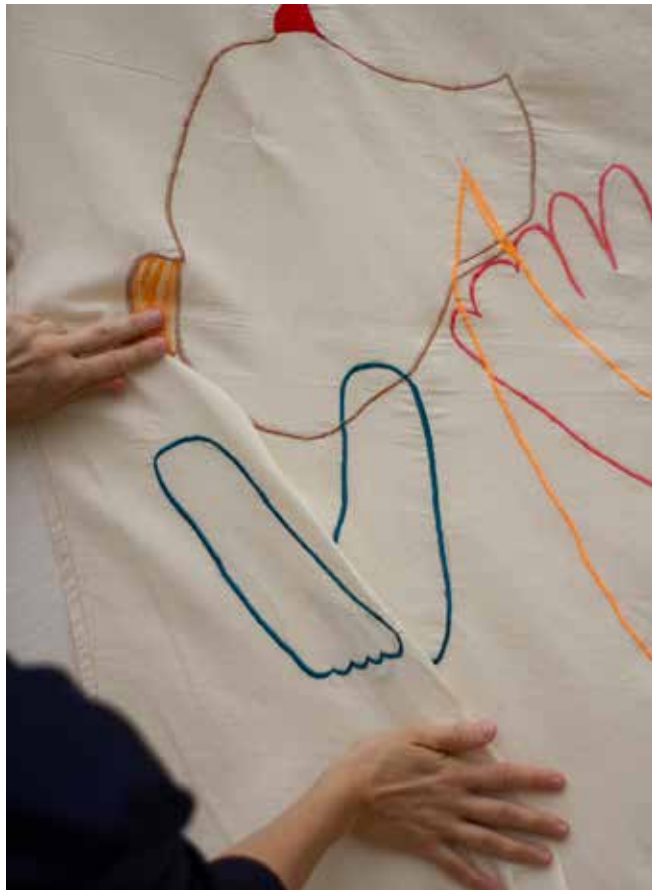
Proponer *Gestos para la tierra* me obliga a hacerme la pregunta ¿por qué convocar a la tierra? Lo hago en un sentido amplio, como una imagen que nos remite a seres, relatos, juegos, contactos, materias y memorias. La tierra como cosmogonía, lugar de coexistencia entre lo que nos resulta familiar y desconocido.

¿Qué puedo compartir de familiar con las mujeres bordadoras de Maní? ¿Pueden la piel, el idioma o la curiosidad ser tierra para construir algo distinto? ¿Trazos que no seamos ni tu ni yo sino todo mezclado y otra cosa? En ese sentido imagino los afectos como hilos, los mismos hilos cargados de consciencia que forman un bordado. Los afectos como abono, como lluvia mojada que va suavizando nuestros cuerpos y sentires para que puedan, de una manera más amorosa, comunicarse.











Agradecimientos a las familias Peraza Miranda
y Chan Bacab, Silvia Herrera, Rafiki Sánchez, Anaïs Bouts,
Camille Renarhdy Vania Casademundt.

Idea original y realización

Tania Solomonoff

Realización de bordados

Rosaura Peraza Miranda y Flora Chan Bacab

Creación de dibujos bordados

Rosaura Peraza Miranda, Flora Chan Bacab y Tania Solomonoff

Pintura de bordados

Elena Chan Bacab

Costura de bordados

Alicia Campos Cetina

Colección de dibujos

Tania Solomonoff

Bailarina

Melisabel del Carmen Correa

Estudio

Tumakat Danza Contemporánea

Fotografía

Tania Solomonoff, Octavio Soto y Rafiki Sánchez

Diseño editorial

Diana Langarica

Producción

Rafiki Sánchez



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA